El oficio de Gertrud

UNA CHICA MUY DESPIERTA

Una fina llovizna caía sobre Berlín. Tras la ventana, Gertrud Göhler veía cómo el otoño doraba de hojas la Friedrich Strasse. Algunos hombres pasaban por las veredas, bajo paraguas lustrosos. Gertrud distraía su soledad en el melancólico escenario cubierto por un cielo de ceniza.

¿Miraban sus ojos azules, o estaban perdidos en algún recuerdo?

Tenía pocos aún. Iba a cumplir diecisiete años y, más que pensar en su breve pasado, imaginaba lo por venir. Bajo su bata azul, de rodillas en una banqueta frente a la ventana, su figura reflejaba en un espejo las deliciosas formas de una mujer en floración.

Su cabello de tintes casi rojizos, caía lacio y blando sobre los hombros. El suyo era un rostro ante el cual no cabían dos opiniones: finamente dibujados, curva la frente, la mirada celeste y brillante, breve y simpática la nariz, los labios suavemente abultados, anhelosos, húmedos, perfectos para el amor. Si acaso algunas pecas agregaban una especie de accidente agradable a los pómulos jóvenes que irradiaban la calidez de sus arreboles.

Y así como la naturaleza la había vestido de encantos, así también había puesto en sus sentidos, desde edad temprana, precoces impaciencias. "Esta chica va a ser muy despierta", decía en esos días su madre con la preocupación de quien tiene que vigilar un tesoro, porque Gertrud sentía curiosidades prohibidas para la niñez.

Esas inclinaciones afloraron con vivacidad en su conciencia cuando, por una triste jugada del destino, Gertrud supo la desgracia de quedar huérfana quizá en la etapa en que más necesitaba del amparo familiar.

Después de la muerte de sus padres, Gertrud, que aparentaba algunos años más de los que realmente tenía, consiguió empleo y alquiló una habitación a la calle, en un tercer piso de antigua construcción sobre la Friedrich Strasse.

Ahora estaba ahí, mirando cómo pasaban algunos hombres bajo sus paraguas brillosos por la llovizna. La verdad que ella no podía soportar la soledad y la melancolía del atardecer otoñal filtraba en su ánimo el dulce veneno de la ensoñación.

Desde que había entrado como camarera en un restaurant cercano a la estación Potsdam del ferrocarril, Gertrud procuraba conocer algo más que los nombres y los precios de las comidas. Todo en ella tendía a acelerar las etapas que su naturaleza apasionada le estaba reclamando.

Pero algo la decepcionaba. A ese local, donde servía desde hacía dos meses, concurrían casi todos obreros que se encorvaban sobre la sopa o las salchichas, partían grandes pedazos de pan y casi no hablaban entre ellos. Parecían todos iguales, con sus pantalones oscuros, sus remeras y sus camperas oscuras, sus gorras oscuras también. Ninguna mirada de esos hombres la había alcanzado como no fuera para reclamarle una comida.

A veces, al pasar entre las mesas, Gertrud buscaba rozarse con las espaldas o los brazos de su clientela indiferente a sus encantos. Tenía varias compañeras de trabajo, todas mucho mayores que ella, con quiene apenas conversaba. Su patrón era del sur, exactamente de Baviera. Permanecía junto a la caja registradora, tenía los labios finos y los ojos casi siempre entrecerrados, como si estuviese todo el día haciendo cálculos mentales.

Cuando Gertrud pidióle trabajo, la había estremecido esa mirada, lejana y fría. Pero Gustav Mayer tenía una preocupación excluyente: ganar dinero, y en eso estaba. Ni paseos, ni juego ni mujeres. A veces, al atardecer, salía a la puerta, miraba durante uno minutos hacia ambos lados de la calle y volvía a entrar al local, ocupado a esa hora por escasos clientes, y cambiaba dos palabras, al pasar, con uno de los que iba todas las tardes a extasiarse frente a una botella de cerveza.

Gertrud, durante su horario de camarera, usaba un delantal celeste, muy amplio, de mangas largas, con cuello y puños blancos. El ruedo le llegaba a media pierna. Debía trenzar su largo pelo rojizo y unir las dos trenzas sobre la cabeza, anudándolas en la nuca. Uniforme y peinado le daban un aire familiar, doméstico, a las camareras del restaurante de Gustav Mayer. Y los silenciosos y hoscos clientes que se inclinaban sobre sus platos. no advertían la belleza cálida de ese chiquilina pelirroja llamada Gertrud.

Desde su ventana, Gertrud seguía mirando la calle oscurecida, el resplandor de las luces sobre

el pavimento mojado. Era su tarde libre y ahora había sentido ganas de salir. Se vistió y arregló rápidamente. Ya no llovía y grandes nubes oscuras parecían tener una urgente cita en el Norte.

Envuelta en su tapado, bajó las escaleras mal iluminadas de la casa, llegó a la vereda y tropezó con una pareja. El muchacho y la chica iban apurados, mirándose y riendo y ni se dieron cuenta del incidente. Ese encuentro la convenció aún más de que su naturaleza le señalaba diversiones más entretenidas que el solitario trayecto de todos los días al restaurante y el servir platos de sopa a los rudos clientes de camperas oscuras.

"Yo no tengo la culpa de ser así", pensó, mientras una ráfaga de viento frío la golpeó al doblar en la esquina de la calle Kronen.

Caminó un par de cuadras mientras recordaba la expresión gozosa de aquella con que había tropezado. Cerró más las solapas levantadas de su abrigo y un estremecimiento de deseo creció en ella su centro vital como cuando, en la soledad de su cuarto, tendida en la cama, sus manos buscaban aplacar el ardor de su recinto de placeres. Pero Gertrud bien sabía que poca paz podía alcanzar con sus caricias solitarias. A veces, hurgando con sus dedos, habíase producido dolor allí, en ese pequeñísima entrada caliente que anhelaba bocados más apetitosos; o acariciaba los labios carnosos con toda la mano durante largo rato, hasta quedar agotada en la inútil búsqueda de un alivio que, ella sabía o adivinaba sólo el hombre podría proporcionarle, mientras un

festín de delicias aún no vividas pasaban por su mente.

Iba a cruzar la Markgrafen Strasse, cuando un automóvil se detuvo frente a ella. Desde la ventanilla le sonreía una mujer. Gertrud se inclinó para mirarla y la desconocida abrió la puerta del coche, invitándola a entrar. -¿Dónde vas, linda?- le preguntó mirándola fijamente a los ojos.

Turbada por cosa tan imprevista, Gertrud respondió que a ningún lugar en especial, que había salido a caminar unas cuadras. La mujer insistió para que entrara al coche porque ella también estaba sola y podían pasear juntas. Todo fue tan rápido y extraño que Gertrud no atinó a contradecirla. La desconocida se llamaba Anette; usaba el cabello muy corto y llevaba puesta una chaqueta que le daba cierto aire varonil. Aparentaba unos treinta y cinco años.

Mientras conducía, Anette fue llevando la conversación al terreno personal. Quería saber cuanto era posible de la vida de Gertrud y dos cosas le interesaron especialmente: su corta edad y que careciera de padres. Anette era muy hábil para hacer hablar y conocer a las chicas. Desde hacía bastante tiempo las trataba tan íntimamente como se lo permitía el trato diario y directo con muchas de ellas en su discreto hotel situado cerca de Humboldt Hain(*) en la Ramler Strasse.

(*) Parque Humboldk.

El paseo en coche, la conversación, el simpático modo de ser de Anette, diluyeron en Gertrud las prevenciones del primer momento. Tanto, que se atrevió a decirle si podrían ir a comer algo.

- Por supuesto, querida -contestole Anette- Si no te parece mal, te invito a casa. Estoy segura de que te gustará...

Gertrud asintió y el automovil atravesó velozmente las pocas cuadras casi desiertas que faltaban para llegar.

- Aquí estamos -dijo Anette haciendo sonar la campanilla, y una elegante mucama abrió la puèrta del hotel "Spree".

Gertrud admiró el buen gusto con que había sido decorada la sala de recibo y las escaleras de madera lustrada y alfombradas que llevaban a las habitaciones superiores. Hermosos cortinados cubrían las ventanas y muebles y adornos daban cuenta de que ahí todo estaba dispuesto para agradar a quienes allí se alojaran.

Extasiada en la contemplación de la casa, tan distinta de la muy sencilla que tuviera con sus padres y de la vieja habitación que ocupaba actualmente en la calle Friedrich, Gertrud no advirtió de qué manera la había examinado la mucama ni tampoco el gesto de entendimiento que ésta cambió con su ama.

- Puede quitarse el tapado, señorita -dijo aquella y sacó a Gertrud de la contemplación de un cuadro

donde se veían dos mujeres desnudas, bañándose en la fuente natural de un bosque, detrás de uno de cuyos árboles asomaba la expresión lujuriosa de un sátiro.

"Qué mujeres tan gordas", pensó Gertrud y comparó mentalmente su propia silueta, cuando se reflejaba en el espejo de su habitación, ante el cual se miraba tantas veces acariciéndose los senos y las caderas, o enredando los dedos en la matá rojiza que adornaba su entrepierna.

- ¿Te gusta la casa, Gertrud? -preguntó la señora Anette entrando en la sala, e indicándole a Gisela, la mucama, que preparase la cena para ella y Gertrud. Anette había cambiado su ropa por un vestido azul marino de mangans anchas y un collar de perlas oscilaba blandamente sobre su pecho-. Tiene una hermosa figura Gertrud -exclamó Anette, al verla ya, sin tapado, con ajustado sweter color mostaza y una falda marrón que le apretaba las firmes caderas.

- El tipo de muchacha capaz de conquistar el mundo con sus encantos querida -insitió la señora Anette- Ya verás qué éxito cuando te conozcan los amigos que me visitan...

Gertrud sonrió, en tanto esta última frase penetró en su pensamiento como un dardo lisonjero. Además, algo había allí, en esa casa, algo indefinible, que ella, con su poco conocimiento del mundo, no podía precisar. Incluso en su amable y nueva amistad,

tan desenvuelta y tan chic (*). Qué diferencia con su propio ambiente, el que ella siempre conociera, y con su trabajo de camarera en el restaurante para obreros del seco señor Mayer.

Por eso, cuando durante la cena la señora Anette le preguntó si no le gustaría trabajar en su hotel, Gertrud no solo aceptó complacida, sino que, animada por el estimulante vino, confesó que en eso había pensado precisamente, por ser un lugar tan distinguido, donde seguramente se alojarían personas importantes o, por lo menos, más entretenidas que sus clientes actuales.

Quedó así resuelto que al día siguiente Gertrud se instalaría allí, aunque no aclaró debidamente la señora Anette qué clase de tareas debía cumplir.

- No te preocupes por dejar el restaurant - díjole Anette-. aquí ganarás mucho más y desde ya te ofrezco lo que pueda deberte tu patrón.

- No sabe cuánto agradezco su generosidad, señora ¿Cree que podré serle útil aquí?

- Mucho más de lo que imaginas, pequeña... Pero, si quieres puedo acompañarte ahora hasta tu casa para que tomes tus cosas y vivas desde esta noche en la habitación que he mandado preparar.

- Si es su deseo. Sólo tengo una pequeña valija, con alguna ropa, unos libros y recuerdos de mis padres.

(*) En francés, en el original.

- No te preocupes, podemos ir ya a buscarla.

Cuando regresaron, Gisela acompañó a Gertrud hasta su cuarto en el piso de arriba. En una de las paredes, un gran espejo reflejaba la cama, cubierta con una manta estampada en amarillo y negro. Había un placard y, tras una puerta lateral, entreabierta, se veía un pequeño baño.

Gertrud le comentó a Gisela lo buena que era la señora. Si ella pensaba lo mismo.

- Claro, muchacha, la señora Anette es la más considerada de cuantas se ocupan de estos asuntos. Ya te habrá dicho algo, me parece, sobre cuáles serán tus obligaciones. Todo depende ahora de ti. Aquí podrás ganar bastante dinero...

Gisela se interrumpió ante la mirada un poco extrañada de Gertrud.

- Hablemos claro -le dijo-, vos sabéis de qué se trata, ¿no?

- Entendí que la señora organiza aquí reuniones para funcionarios del gobierno. Reuniones o fiestas, no sé... Si es por servir las copas y bailar, creo que me va a resultar entretenido.

- Sí, pero además tendrás que mostrarte afectuosa con los invitados. Son de esos hombres que se encariñan muy pronto con la chicas.

Un relámpago cruzó la frente de Gertrud. Si eso era lo que deseaba. Ella, que rozaba los inadvertidos codos de los obreros del restaurante de Mayer, iba a tener oportunidad de...

- Aquí tendrás siete compañeras, que hoy están en sus cuartos -continuó Gisela- porque es día de descanso. Los lunes no se recibe gente. Mañana podrás conocer a las chicas. Ellas te dirán el resto. Puedes quitarte la ropa y acostarte. La señora vendrá dentro de un rato, por si necesitas algo... Hasta mañana.

Gertrud arregló sus cosas en el placard, se quitó la ropa y estrenó un camisón de tela muy fina que Gisela habíale dejado sobre la cama. Fue hasta su bañito privado, se lavó cepilló su largo pelo que le cubría los hombros. Al recostarse, pudo verse en el espejo inclinado, colgado de la pared. Estaba dispuesto de tal manera, que desde la cama podía contemplarse totalmente. De golpe, invadida por esa voluptuosidad que estaba siempre al acecho en ella, se quitó el camisón para verse desnuda. "Soy más linda que esas gordas del cuadro de la sala", pensó, cuando en un plano más distante del reflejo advirtió que se abría la puerta y entraba la señora Anette. Gertrud se tapó rápidamente con el camisón apretado sobre su pecho.

- Oh la lá -exclamó Anette-, Aquí tenemos a la criatura más linda de la casa. No te asustes pequeña.

Gertrud vio cómo se acercaba la señora Anette hasta ella, mirándola de la cabeza a los pies. Estaba claro que Anette no tenía otra prenda que un brillante déshabillé (*)verde oscuro, que le abría sobre el pecho.

Anette comenzó a acaricierle el cabello, serenándola con palabras cariñosas. Se inclinó sobre ella, que no atinaba a moverse. Todo había sido tan imprevisto esa noche, habían ocurrido tantos cambios en su vida, que ese torbellino de cosas se sumaba al agradecimiento y estima que comenzara a sentir por su nueva dueña, que Gertrud consideró esas manifestaciones como una prueba más de afecto que no podía rechazar.

Anette se acostó a su lado, desprendiéndose la bata. Gertrud no dijo una sola palabra. Sólo hizo un gesto negativo con la cabeza cuando la señora le preguntó si algún hombre la había tenido así, desnudita, alguna vez. Y al sentir las calientes manos de la señora ahuecadas en sus hombros y detenidas luego en sus jóvenes pechos, Gertrud sintió un calor nuevo que aflojó sus reservas. Anette, que por algo llegara adonde no había llegado y tenía un interesante curriculum en cosas de placer y la seducción, advirtió ese dejar hacer de Gertrud.

Suavemente, corrió hacia un costado el camisón que la chica aún mantenía, arrugado, sobre su pecho,

Gertrud vio cómo se acercaba la señora Anette hasta ella, mirándola de la cabeza a los pies. Estaba claro que Anette no tenía otra prenda que un brillante déshabillé (*)verde oscuro, que le abría sobre el pecho.

Anette comenzó a acaricierle el cabello, serenándola con palabras cariñosas. Se inclinó sobre ella, que no atinaba a moverse. Todo había sido tan imprevisto esa noche, habían ocurrido tantos cambios en su vida, que ese torbellino de cosas se sumaba al agradecimiento y estima que comenzara a sentir por su nueva dueña, que Gertrud consideró esas manifestaciones como una prueba más de afecto que no podía rechazar.

Anette se acostó a su lado, desprendiéndose la bata. Gertrud no dijo una sola palabra. Sólo hizo un gesto negativo con la cabeza cuando la señora le preguntó si algún hombre la había tenido así, desnudita, alguna vez. Y al sentir las calientes manos de la señora ahuecadas en sus hombros y detenidas luego en sus jóvenes pechos, Gertrud sintió un calor nuevo que aflojó sus reservas. Anette, que por algo llegara adonde no había llegado y tenía un interesante curriculum en cosas de placer y la seducción, advirtió ese dejar hacer de Gertrud.

Suavemente, corrió hacia un costado el camisón que la chica aún mantenía, arrugado, sobre su pecho,

cubriéndole en desorden todas esas partes hermosas que hasta entonces sólo Gertrud había mirado y admirado en la contemplación y las caricias solitarias. Una mano de Anette se encariñó con los senos y comenzó a amasarlos con tanta destreza y sabiduría que muy pronto los botones sonrosados adquirieron una sabrosa rigidez. Anette acercó su rostro al pecho de Gertrud y rozó los pezones con sus labios. Un profundo suspiro escapó de su garganta y ya sumergida en esa corriente de la cual es imposible escapar sin haberla recorrido en toda su extensión, Anette deslizó su otra mano por la cintura de Gertrud hasta alcanzar los contornos del cofre que guarda las alhajas de la lujuria mayor.

Gertrud mantenía sus muslos apretados, pero la mano de Anette era tan hábil para forzar la cerradura y el tesoro estaba ya tan dominado por los besos y las caricias que no hubo combate. Los dedos de la señora Anette conquistaron el anhelado territorio sin que constituyera ningún impedimento, antes al contrario, al hallarlo húmedo y resbaladizo.

Arrebatada por tan íntimos contactos, Gertrud dejó que Anette se acomodara a su entera voluntad y cuando ésta le tomó una de sus manos y la condujo hasta el mismo sitio que acariciaba en ella Gertrud encontró caminos más accesibles que los propios que acostumbraba excitar.

Enlazadas y confundidas en el ardor creciente del deseo y el placer, las dos mujeres exhalaban

cubriéndole en desorden todas esas partes hermosas que hasta entonces sólo Gertrud había mirado y admirado en la contemplación y las caricias solitarias. Una mano de Anette se encariñó con los senos y comenzó a amasarlos con tanta destreza y sabiduría que muy pronto los botones sonrosados adquirieron una sabrosa rigidez. Anette acercó su rostro al pecho de Gertrud y rozó los pezones con sus labios. Un profundo suspiro escapó de su garganta y ya sumergida en esa corriente de la cual es imposible escapar sin haberla recorrido en toda su extensión, Anette deslizó su otra mano por la cintura de Gertrud hasta alcanzar los contornos del cofre que guarda las alhajas de la lujuria mayor.

Gertrud mantenía sus muslos apretados, pero la mano de Anette era tan hábil para forzar la cerradura y el tesoro estaba ya tan dominado por los besos y las caricias que no hubo combate. Los dedos de la señora Anette conquistaron el anhelado territorio sin que constituyera ningún impedimento, antes al contrario, al hallarlo húmedo y resbaladizo.

Arrebatada por tan íntimos contactos, Gertrud dejó que Anette se acomodara a su entera voluntad y cuando ésta le tomó una de sus manos y la condujo hasta el mismo sitio que acariciaba en ella Gertrud encontró caminos más accesibles que los propios que acostumbraba excitar.

Enlazadas y confundidas en el ardor creciente del deseo y el placer, las dos mujeres exhalaban

suspiros, decían frases entrecortadas, frotaban sus pechos en movimientos casi salvajes. De pronto, Anette se desprendió del brazo y volvió grupas a su compañera.

- Quiero besarte, chiquita -le dijo, apretando suavemente su boca en los labios sonrosados y carnosos que había estado acariciando con los dedos.

- Así, así -alcanzó a decir, y se hundió en una rítmica succión, donde la lengua cumplía un trabajo maestro.

Anette acomodó su propio altar cerca de la boca de Gertrud y la instó a que la besara de la misma manera. Las dos habían llegado al límite de la voluptuosidad y no tardaron en alcanzar ese intante maravilloso y único donde se llega al frenesí de una compartida efusión. Abundantes titilaciones les otorgaron el premio de una éxtasis liberador y así, exhaustas, entrelazadas, se quedaron inmóviles durante un rato hasta que, agotada por sensaciones tan intensas, Gertrud quedó profundamente dormida.

LA CASA DE LA CALLE RAMLER

A la mañana siguiente, Gisela despertó con el desayuno. Conocedora de las costumbres de la señora Anette, la mucama no tenía dudas acerca de los que podía haber ocurrido entre Gertrud y la dueña la noche anterior. Gisela preguntó a la nueva pensionista que tal se encontraba, si había dormido bien y, mientras Gertrud consumía ávidamente su taza de café y algunos bizcochos de chocolate, la puso al tanto del régimen de la casa.

Gertrud ya había abierto los ojos del entendimiento y comprendido que se hallaba en una de esas reservadas mansiones cuyas costumbres distaban bastante de ser las de un convento de religiosas.

- Yo no nací precisamente para monja -dijo con una sonrisita endiablada.

Gisela continuó informándole que ahora ella habíase convertido en la chica de moda de la señora Anette (y no exclusivamente por el especial cariño que podía sentir por ella), sino que sabría obtener excelentes ventajas de su doncellez, cosa que los hombres apreciaban y buscaban sin regatear la alta cotización que para disfrutar tales primicias debían afrontar.

- Puedes arreglarte, ordenar tu habitación, cosa que deberás hacer todos los días, igual que las otras chicas, y luego, en el almuerzo, la señora te presentará a tus compañeras. ¡Ah! Por ser éste tu primer día, te he traído el desayuno, pero en

adelante lo compartirás con todas nosotras en el comedor. Procura mantener el dormitorio limpio y en cuanto a ropa, hoy la señora te hará llegar la que necesites.

Dicho eso, Gisela se retiró. Gertrud se dio un baño de agua caliente, arregló su cabello, dispuso sus pertenencias en el placard, hizo la cama y un fugaz recuerdo pasó por su frente: "Qué estará diciendo el viejo Mayer porque no fui a trabajar?" Con alguna impaciencia aguardó la hora del almuerzo.

Cuando bajó al comedor, la señora Anette, desde la cabecera, charlaba animadamente con las chicas. Todas las miradas se fijaron en Gertrud, recibida con palabras de simpatía. Ya tenía su asiento reservado en el centro de la mesa, pero antes de ocuparlo, Gertrud se dirigió hasta su protectora para besarla cariñosamente en la mejilla.

La señora Anette le presentó a sus compañeras. Ahí estaban Bete, la inglesita de busto espléndido; Giovanna, italiana de ojos de almendra; Ruth, Elke, Marlene y Karin, todas alemanas, todas rubias, hermosas todas y María de los Angeles, una españolita de cabello renegrido y sonrisa deslumbrante.

De más está decir que Gertrud fue durante el almuerzo el motivo central de los alegres diálogos y pronto se sintió ligada al afecto que le demostraba esa cofradía seleccionada por Anette para el alto ejercicio de una profesión muy activa que Gertrud iniciaba como imperativo de su naturaleza.

La abadesa de la mansión "Spree" sabía dirigir su productivo rebaño con los principios del más ilustrado catecismo pagano. Aparte de educarlas en el mejor modo de agradar a los hombres con las astucias de la coquetería, perfeccionaba a sus encantadoras ovejitas para la práctica de los más variados procedimientos de la misa pasional.

Y, aunque allí se conversara sobre los evangelios más atrevidos, todo se decía con un lenguaje del cual habían sido tachados los recursos vulgares. La casa de la calle Ramler gozaba de bien ganada fama entre su escogida clientela; los feligreses de ese templo podían confesar cuanto se le ocurriera, pues en él no había capricho íntimo condenado ni fantasía exótica que no hallara indulgencia. Todo envuelto en el incienso de la distinción y el refinamiento, y así tanto los oficios colectivos como las comuniones privadas transcurrían en una atmósfera de mutuo regocijo, de divertida devoción.

La pizpireta Ruth, que con sus pletóricos veinticinco años ejercía el decanato de la picaresca capilla, fue la indicada por la señora Anette para introducir a Gertrud en los escarceos de la profesión.

Naturalmente, sabía que la flamante hermanita aún no había rendido el examen inaugural y, ante las manifestaciones de ésta en el sentido de que no veía llegada la hora de someterse a la prueba, le dijo poco más o menos lo que Gisela habíale anticipado. En pocos días, la señora Anette le daría la oportunidad de hacerse valer, mientras tanto, la recién llegada debía permanecer en retiro, por lo menos durante las horas de "guardar".

Más como Gertrud se mostrase sumamente interesada en ir conociendo los aspectos principales de la ceremonia, Ruth terminó por prometerle que esa misma noche la conduciría hasta un sitio donde podría observar, sin ser vista, interesantes pormenores del rito que protagonizaría una de las chicas con su galán preferido. Así, en tanto la señora Anette eligiera el caballero capaz de ceder una suma digna de la joya ofrecida, Gertrud se limitaría a ambientarse a la casa y curiosear, desde bambalinas, mucho de los que sucedía en los aposentos privados a la hora del supremo sacrificio.

Gertrud pasó el resto de la tarde escuchando a Ruth, muy entretenida con los recuerdos y anécdotas que ésta tenía desde los días iniciales de su noviciado.

Después, Ruth debió dejarla, por cuanto se acercaba la noche y tenía que cambiarse de ropa. Gertrud buscó aplacar la ansiedad de la espera leyendo algunas revistas que encontró en su cuarto. Pero todos los pensamientos estaban ocupados en imaginar escenas y en hacer especulaciones sobre esa parte del hombre que ella no conocía y cuya sola idea le provocaba respuestas sensuales bajo el plumón pelirrojo de su bajo vientre.

Durante la cena, se renovaron las expresiones de aprobación por parte de las chicas hacia Gertrud y, si bien esto formaba parte de la política de buena vecindad de la señora Anette para afianzar la confianza de aquélla en la casa, era evidente que la muchacha había impresionado muy bien con su belleza y desenfado a sus alegres compañeras.

Ya de vuelta en su habitación y cuando suponía que había comenzado la actividad específica de la mansión "Spree", oyó llegar a Ruth -Ahora podrás ver lo que tanto te interesa- díjole ésta, haciéndole señas para que la siguiera por un pasillo. legaron a un pequeño desván. Ruth se acercó hasta una de las paredes y, en voz baja, le indicó que mirara a través de un pequeña hendija que había en el tabique. Ruth apagó un velador, y así, desde el desván a oscuras, Gertrud pudo observar nítidamente cuanto ocurría en el cuarto vecino.

Ahí estaba Giovanna, la italiana de los ojos de almendra vestida con un primoroso modelito de seda clara, bien ajustado.

- Puedes quedarte aquí; pronto llegará su príncipe azul. No hagas ruido. Yo vendré a buscarte después -díjole Ruth, dándole una palmadita en las nalgas y saliendo del desván.

Gertrud nada dijo. En ese momento vio entrar en la habitación a un hombre joven, bien parecido, de aspecto saludable. Giovanna lo abrazó cariñosamente y el recién llegado le dijo algo cerca del oído que la hizo reír alegremente. Luego la acarició, estrechándola contra su cuerpo y deslizando sus manos por cuanto sitio podían alcanzar de esa fresca fruta mediterránea que iba a saborear a su gusto.

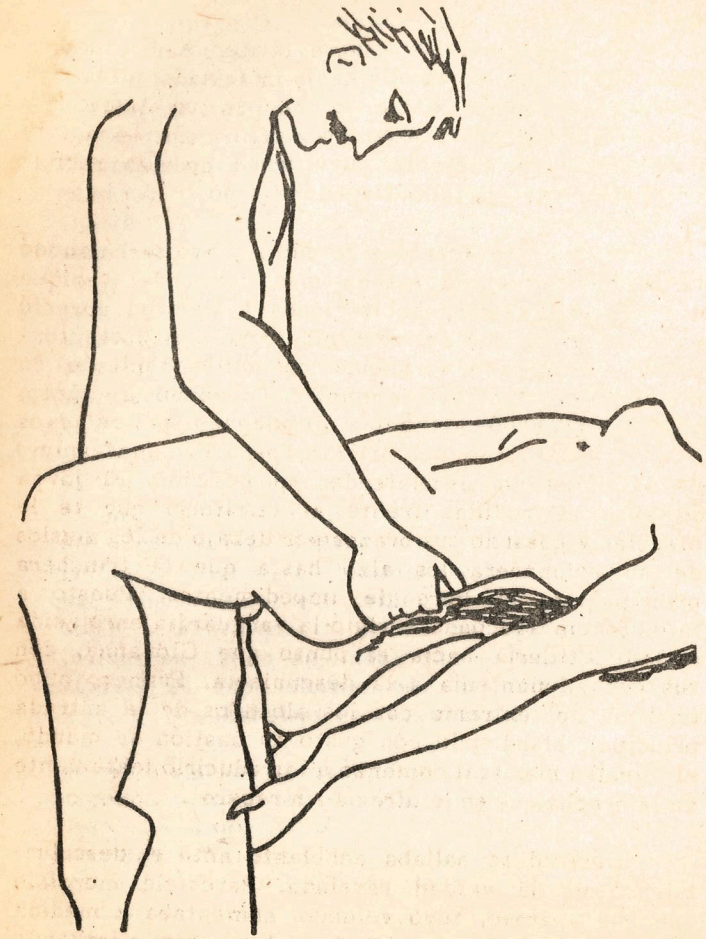
El visitante desprendió los botones que ceñían el vestido de Giovanna por la espalda y lo hizo caer hasta el suelo después de haber superado el curvo

ensanchamiento de las caderas. Giovanna surgió en toda su esplendente belleza, pero desde su puesto Gertrud sólo podía ver la espalda, las masas carnosas apenas separadas por la hendidura central y las piernas bien formadas pantorrillas. A su vez, Giovanna comenzó a desvestir a su compañero y, durante esa operación interrumpida de besos y caricias, Gertrud se consideraba feliz porque podía verlo a él de frente y dirigir su mirada directamente hacia el flanco que más le interesaba.

Por de pronto observó que para bajar el pantalón Giovanna también debió transgredir graciosamente cierto abultamiento, cuya visión hizo palpitar más de prisa el corazón de Gertrud.

El joven quedó sólo cubierto por un calzoncillo celeste y la italianita pasó con delicadeza una de sus manos allí donde ya parecía suficientemente dispuesta para su emplazamiento la batería principal de su adorable combatiente. Desde su puesto de vigilancia, Gertrud se sentía transportada a otras esferas y, aunque la enervaba una cálida sensación, se mantuvo firme en ese mirador que le ofrecía escenas tan gratificantes para su ansiedad.

Cuando el gentil caballero se deshizo de su última prenda, Gertrud estuvo a punto de traicionar su prometido silencio, por cuanto Giovanna, al volver a estrecharse con su compañero, le impidió la contemplación de ese objeto de sus presentidas delicias. Empero se contuvo, y al desprenderse la joven de los brazos amantes para dejarse caer en la cama, esa parte del joven quedó expuesta totalmente a sus miradas.



Ahí lo tenía, por fin, a Mister X (*), mucho más soberbio de lo que ella había imaginado: pletórico, erguido levemente hacia arriba, de un tamaño y grosor que le provocaron escalofríos. Se le antojó que ella y su adorable cuevita no podrían recibir un visitante de esa talla, llegado el caso.

El joven se acercó a la cama y eso se balanceó pesadamente. Ahora estaba más cerca del tabique que separaba ambas habitaciones y Gertrud apreció el color encarnado del extremo, cuya piel protectora habíase replegado formando un anillo abultado en el cuello de semejante ejemplar. Giovanna, en tanto, tendida en el lecho, había desplegado sus recursos bélicos, desafiante y sonriente, pero con más ánimo de rendirse que de defender su posición. El joven se puso de rodillas frente al territorio que se le ofrecía, y pasando sus brazos por debajo de los muslos de su compañera los alzó hasta que la trinchera principal quedó libre de impedimentos. Puesto a la distancia adecuada, dirigió la vanguardia enrojecida de su artillería hacia el punto que Giovanna, con sus dedos, mantenía a la descubierta. Primero hubo un roce del extremo con los aledaños de la entrada principal, blandiendo con gusto su bastión de mando, el diestro mariscal comenzó a introducirlo lentamente en la brecha que se le ofrecía sin reparos.

Gertrud se hallaba anhelante ante el descubrimiento de la verdad revelada. Parecíale increíble que ese aparato, cuyo volumen aumentaba a medida que iba logrando encajarse, pudiera ser asimilando en toda su longitud por el angosto paso de Giovanna, tan pequeño casi como el suyo, que había experimenta-

do dolor al solo hurgarlo con sus dedos, infinitamente más pequeños que el ariete que iba hundiéndose sin compasión en la entrepierna de su compañera.

Pero Giovanna no parecía sentir desagrado con la gradual recepción del ilustre y robusto huésped; antes al contrario, la expresión de sus ojos y los movimientos envolventes que efectuaba para facilitar la penetración, daban a entender que el rendirse experimentaba un halago más intenso que el que podía proporcionarle una eventual victoria ante enemigo tan poderoso e irresistible.

Gertrud sentía en sí misma los fuegos de esas incontenibles escaramuzas, y su respiración agitose al comprobar que el invasor había avanzado tan profundamente que el penacho oscuro de su retaguardia va se confundía con los suaves matorrales de la ciudadela conquistada.

Giovanna atrajo, entonces, al joven, buscando sus labios para ratificarle su bienvenida y éste, cediendo con gusto al agasajo, se inclinó sobre ella acariciándole los senos y besándola. Pronto el movimiento de tropas se inició y la columna principal comenzó a entrar y salir de su emplazamiento a un ritmo cada vez más vivo, cada vez menos controlado. Los dos amantes se unieron en apretado abrazo y así continuaron hasta que el capitán de kepí colorado pareció clavarse en el lugar más profundo del ataque, rindiendo las armas de su victoria en tanto Giovanna recogía y gustaba el licor embriagador de su dulce derrota.

Gertrud se dejó caer desvanecida en un sillón cercano. No podía mantenerse ya en pie y en esa actitud la encontró momentos después su compañera Ruth.

- ¿Estás conforme? -le preguntó- Tengo noticias para vos. La señora te espera en tu habitación.

Gertrud estaba tan confusa que no dijo una sola palabra. Se dejó guiar por el pasillo y llegó a su cuarto.

- ¡Hola, querida! Ya sé de donde vienes... Quédate tranquila porque todo se ha resuelto antes de lo que pensaba. Y mirándola a los ojos, le dijo sonriente y muy amable:

- Mañana a la noche tendrás ocasión de...

Gertrud cerró los ojos y suspiró hondamente. Había entendido. Tras un instante de silencio, la señora Anette concluyó.

- Ahora debes acostarte y descansar -La besó en la mejilla y se retiró. Gertrud se levantó trabajosamente, se duchó y corrió a la cama. El sueño la hizo suya de inmediato.

LA INICIACION

El día siguiente, tan especial e importante para Gertrud, le pareció el más largo de su vida. Era inútil que quisiera olvidar el pensamiento que la dominaba, y así como tantas veces había soñado con las caricias de un hombre, la proximidad de la cita primera la hacía sentirse inquieta y agitada.

La señora Anette advirtió el perturbado ánimo de Gertrud y tuvo con ella varias conversaciones para disponerla con palabras adecuadas y el detallismo de un regisseaur (*). Por encima de esos pormenores. Gertrud cómo sería el caballero elegido por la señora para que disfrutara de sus primeros favores. Su punto de referencia era, lógicamente, el bien dotado amigo de su compañera Giovanna; otro no conocía de esa manera tan íntegra y total. Y, en el fondo, alentaba la esperanza de que le correspondiere algo semejante aunque el recuerdo del estandarte que el joven había desplegado en la batalla, la llenaban de angustia y placer.

En medio de esas contradicciones de su espíritu, encontró algo de calma en los buenos augurios de las chicas, en las felicitaciones y en las bromas.

Sobre la hora misma de su encuentro, se serenó. No había dudas de que Gertrud tenía pasta para

(*) En francés, en el original.

el oficio. Se vistió sin premura las ropas que la señora Anette le había aconsejado. El vestido, el peinado, los zapatos de taco bajo, todo contribuía a darle el cabal aspecto de una inmaculada adolescente. Miró el reloj. Instantes después alguien golpearía la puerta de su habitación, ella le abriría tímidamente, y allí estaría él, "alto, buen mozo, joven, amable..." No tuvo tiempo de seguir imaginando nada más, al oír que realmente golpeaban en la entrada. Entreabrió la puerta en seguida completó el movimiento: un hombre bajo, gordito, calvo, con lentes ajustados sobre la nariz le sonreía ahí afuera con timidez.

Gertrud lo recibió con una sonrisa, le señaló el sillón y al ofrecerle un cognac, se dio cuenta de que el visitante estaba mucho más nervioso de lo que ella se había sentido durante el día. Eso le otorgó seguridad, aunque no se encontrara conforme con la elección de la señora Anette. Este hombrecito iba a ser el primero, el que no se olvida en la vida de una mujer, y ella hubiese querido tanto hallarse con un chico como el de Giovanna!... Aún ignoraba Gertrud qué poderosa atracción tenía para los caballeros maduros el poder iniciar a una jovencita, no importaba a qué precio. Y el señor Otto S., con su temperamento, estaba precisamente en esa etapa de la vida en que ya se lo podía definir como un viejo cazador de polleras.*

(*) Aquí nos decidimos por traducir literalmente, por su gran fuerza expresiva, la expresión alter schürzenjäger, algo así como viejo verde entre nosotros (N. del T).

El le hizo algunas tontas preguntas y, por fin, le rogó que se sentara en sus rodillas. Gertrud obedeció y el señor Otto apuró su cognac, le pasó una mano por la cabeza, le dijo que tenía un pelo hermoso, los ojos cautivantes, la boquita deseable, y muchas otras cosas por el estilo. Gertrud le sonreía como a un tío del campo en día de visita, tratando de ser los más natural posible. Pero ese maduro, delicado y tímido funcionario que la tenía sobre las rodillas francamente no le atraía.

Por fin, el señor Otto la abrazó y trató de besarla en el cuello. Gertrud no pudo evitar un movimiento de rechazo, pero recordó los consejos de su protectora y, al cabo de un instante, dejó hacer. El estrecho contacto con el cuerpo del hombre la decidió a entrar en juego; se acomodó más sobre las piernas del señor Otto, pero no halló nada que la molestara gratamente, ahí donde algo tenía que haber.

El se atrevió un poco más y pasó sus manos por sus hombros, las bajó hasta los senos y las detuvo en ellos con complacencia, Gertrud le quitó los lentes y, casi como jugando acarició suavemente la pelada brillante del funcionario que, ahora sí, parecía resuelto a llevar adelante sus proyectos. Sin decir palabra, desprendió la hilera de botones de la blusa de Gertrud y, entre besos y toqueteos, logró desvestirla.

- Papi, toma otra copita. Tenemos la noche por delante -dijo ella, alcanzando la botella desde una mesita cercana.

El aceptó y le pidió que caminara un poco, así como estaba, con su corpiño al aire. Gertrud dio unos pasos y lo miró con picardía. Le estaba pareciendo por demás entretenido el encuentro. El señor Otto bebió de un solo trago su segunda copa, se levantó del sillón y trató de desprender el corpiño de Gertrud, pero ella lo esquivó con una risita que agregaba un poco más de pimienta a su jugueteo.

El visitante comenzó a sentir calor. Tras quitarse la chaqueta, trató de soltar el cuello de la camisa, pero lo hizo tan torpemente que el botón saltó y calló al suelo.

- Tengo que encontrarlo, ayúdame -le pidió-, Mi mujer me va a regañar si lo pierdo.

Gertrud se tapó la boca para no reírse a carcajadas viendo a su valiente conquistador tratando de recuperar el botoncito.

- ¡Ah! Qué suerte -exclamó al encontrarlo- le diré a la mucama que me lo cosa...

Ni se dio cuenta del ridículo papel que acababa de desempeñar y volvió a la carga. Se acercó a Gertrud interpretando que la risa contenida de la muchacha era una invitación a sus caricias. Ella no puso reparos mayores cuando él recorrió con sus manos la curva de las caderas y comenzó a tironear hacia abajo la pollera. Cuando lo logró, apreció los muslos blancos, firmes, mórbicos y quedó estupefacto.

- ¡Ah! ¡Qué maravilla!... -exclamó. Gertrud era verdaderamente tentadora y sabiéndola aún doncella, un bocado exquisito.

- Papi, ¿te ayudo a desvestirte?-, le preguntó con zalamería.

- Si chiquita, pero con cuidado, que no se desprenda otro botón -advirtió el señor Otto cuya torpeza era de lo más divertida.

Con estudiados remilgos, Gertrud le sacó la camisa, le aflojó los tiradores y le fue quitando el pantalón mientras, él se sostenía de un brazo del sillón para no caerse mientras levantaba, alternativamente, una y otra pierna para que la prenda no se arrugara demasiado.

- Los zapatos, papito, -señaló Gertrud, mirando con indulgencia lo poco elegante que quedaba el señor Otto en sus calzoncillos que no alcazaban para contener el desborde de su barriga.

Gertrud observó que aún no se notaba ningún signo de aprestos allí donde ya tenía que haberlos, y dominando la situación fue a sentarse en el borde de la cama. Lo hizo del lado opuesto al de la pared del espejo y lo invitó a que se acercara. El señor Otto tragó saliva y tomó otro cognac, después fue hasta la cama, y se recostó. Pareció reanimarse; tomó a Gertrud por la cintura y la hizo tender a su lado aunque el viejo cazador no había logrado alistarse para la partida, lo cual era inconcebible teniendo la presa delante de sus narices.

Gertrud le dio una palmaditas en el vientre y con rápido movimiento exploró la zona inferior, él se encogió como si sintiera cosquillas y, poniéndose de costado, abrazó a Gertrud para desprenderle el corpiño. Lo logró por fin, y al aparecer en toda su blancura y magnitud el señor Otto se enardeció con esos senos maravillosos; los acarició, los besó y hasta llegó a morderlos. Se puso sobre Gertrud, aplastándola con su barriga. Gertrud, con las piernas juntas, esperaba sentir muestras de aquello sin lo cual la representación habría de quedar inconclusa. El la besó en los labios, en el cuello, buscó su cintura y entonces se dio cuenta de que Gertrud aún tenía puesta su bombachita. La bajó rápidamente con las dos manos y refregó su boca por los alrededores del ombligo. Parecía transformarse, pero esa noche estaba bastante tonto. Gertrud tuvo que decirle que se quitara el calzoncillo y él recién advirtío que los tenía puestos todavía.

Ahora si estaban los dos desnudos y Gertrud, divertida por tanto prolegómeno, exploró con sus manos el sitio donde debía hallarse el personaje capital de la obra. Ahí estaba el primer actor, tan cohibido que podía abarcarlo totalmente con su mano. "Este debe ser el ministro de Racionamiento", pensó recordando que el día anterior había visto actuar a un decidido propulsor del Desarrollo...

El señor Otto le entreabrió las piernas, muy interesado por conocer los exteriores de ese recinto cuyo derecho a ser el primero en visitar había adquirido a muy buen precio a la señora Anette. Metió

sus dedos en la brecha central de esa boca carnosa, tibia y húmeda, y la recorrió varias veces, de arriba hacia abajo, lentamente, mientras Gertrud, encendida por el contacto, frotaba la salchichita marca Otto, que iba adquiriendo consistencia. En realidad, no crecía a lo largo, sino a lo ancho, y Gertrud la presionó un par de veces con gusto al notar que ahora llenaba agradablemente su mano. El buscó acomodarse, separando más todavía las piernas de Gertrud, que negaba y cedía alternativamente en un juego casi cruel de deseo y rechazo. El ya enardecido jinete la abrazó por debajo de la espalda y Gertrud abandonó su presa para defenderse de la presión que ejercía sobre ella el cuerpo del señor Otto, cuyo corto y grueso lapicero comenzó a golpearle entre las piernas.

- No me lastimes..., papito, -le rogó, pero él estaba demasiado excitado y jadeando tratando hallar el punto donde calmar sus ardores.

Gertrud sentía la voluptuosidad del contacto y juntó las piernas para hacerlo más estrecho aún, moviéndose rítmicamente. Aprisionado en esa lúbrica y placentera celda, el señor Otto creyó que algo había cedido ante sus empujones; en realidad, era que el extremo descubierto de su pletórica salchicha se estaba asomando, en su ir y venir, por debajo de la boca deseada, y lo que hacía golpear entre las tiernas nalgas de Gertrud.

- Eres muy grande... me haces daño... no sé cómo... soportar... ay, ay..., -exclamó ella, inflamada por el roce...

Y el señor Otto,seguro de haberse introducido, alcanzó el final, disolviéndose en furiosas sacudidas. Gertrud sintió correr un licor caliente y pegajoso por sus nalgas y logró su clímax con una mezcla de lujuria y de satisfacción por no haber sido penetrada por ese hombre que distaba de encarnar su ideal.

El señor Otto, convencido de haber logrado todo lo que ansiara, preguntole a Gertrud cómo se sentía; ella le dijo que estaba agotada y dolorida -la muy pícara- y el burlador burlado, cuya salchicha ya se había retraído consideramente, le aseguró con suficiencia que pronto estaría bien y que la próxima vez sentiría un placer mucho más intenso al recibirlo. Gertrud se deslizó como pudo de ese cuerpo que todavía la aplastaba, con una toalla cubrió el lugar empapado de la sábana, y pidió permiso para ir hasta el baño.

Después de haber regado abundamente su jardincito con agua tibia, Gertrud retornó al dormitorio y halló al satisfecho cazador de inocencias durmiendo pesadamente. Lanzó una risita, característica en ella, y lo miró con un dejo de lástima. En ese momento, oyó que alguien caminaba por el pasillo. "Debe ser la señora", pensó, "Me gustaría que lo viera", y fue, aún desnuda, hasta la puerta. Descorrió la traba de la cerradura y abrió un poco para ver de quién se trataba. No alcanzó a distinguir a nadie por la estrecha abertura y, separando aún más la hoja de madera, se asomó por el pasillo. Advirtió que quien andaba por allí era un visitante que parecía buscar una habitación; al oír ruidos, éste se volvió, descubrió a Gertrud y silbó con admiración. Sorprendi-

da, la muchacha trató de cerrar la habitación pero antes de que pudiera correr la puerta, el extraño puso un pie junto al marco y empujó hacia adentro. Gertrud forcejeó cuanto pudo, pero la presión exterior fue superior a su fuerza y el desconocido irrumpió en el dormitorio quedándose extasiado ante la palpitante silueta de Gertrud que, con ojos de asombro, se cubría el pecho con las manos y mantenía las piernas apretadas.

- Por favor, señor -suplicó- Estoy acompañada... Usted seguramente busca a otra persona...

El extraño, que no dejaba de contemplarla de arriba a abajo afirmó: -No, encanto... No me equivoqué. Estoy seguro de haber encontrado la mujer más hermosa de Berlín, de toda Alemania. Sonreía francamente y un fulgor de deseo brillaba en su mirada. Era un hombre joven, sumamente atractivo. Antes de que Gertrud pudiera agregar una palabra más, se le había acercado tanto que pudo silenciar con besos esos labios anhelantes. Ajeno a todo, el señor Otto seguía durmiendo.

- ¿Cómo te llamas?, -preguntó él.

Gertrud... ¿y tú? -inquirió ella.

- Pedro, o Peter, como quieras... Eres nueva aquí ¿no es cierto? No te había visto antes.

En pocas palabras, Gertrud le contó su breve historia en la casa y le dijo que quien dormía tan plácidamente estaba convencido de haber logrado una primicia que ella todavía conservaba...

- Pero no por mucho tiempo más, chiquilina, dijo Pedro, acariciándole los senos con tanta suavidad y ternura que Gertrud comprendió que ya no tenía ningún interés en retirar de su habitación a ese polizón tan simpático y seguro. Sólo insistió en señalar la presencia del señor Otto.

- No te preocupes... Tiene para rato.

Pedro demostraba tanto aplomo que Gertrud se tranquilizó; no dejó de mirarlo mientras se quitaba rápidamente la ropa. Parecía extranjero, con su piel bronceada por el sol, un matorral oscuro sobre el pecho. Pedro era italiano de nacimiento, pero desde chico se había criado y educado en Alemania, enrolado en la flota mercante, acababa de llegar a Hamburgo, después de un viaje a España. Unos trámites oficiales lo obligaron a bajar a Berlín, circunstancia que aprovechó para visitar la mansión "Spree", donde siempre lo había pasado muy bien.

- Pero nunca como lo pasaré esta noche -concluyó, terminando por desnudarse.

Con naturalidad exhibía ante Gertrud su estampa atlética, de brazos musculosos, cintura estrecha, piernas fuertes, bien plantado. Gertrud se mordió los labios cuando sus miradas tropezaron con el palo mayor de su joven marino, bastante dispuesto para hacerse en cualquier momento a la mar.

Pedro abrazó tiernamente a Gertrud; la besó en la boca, jugó con su lengua entre los dientes de ella, le sorbió el labio inferior mientras sus manos acariciaban la espalda y el maś abajo, las nalgas, que separaba con irresistible deleite, recorriendo con

los dedos el estrecho canal de unión de esos globos llenos y firmes. Su mástil, totalmente erecto, se aplastaba contra el cuerpo de Gertrud, sobrepasando el ombligo con su extremo y ella lo sentí latir como un corazón. Gertrud se inclinó para observar ese instrumento, grueso como un cabo de amarre pero tan suave y torneado en su fuste, tan maravilloso con su cabeza carmesí, que se sintió desesperadamente gustosa de acariciarlo. Pero no pudo abarcarlo en todo su contorno con la mano; era algo fantástico, digno de un certamen de hermosura viriles. Fuerte y maciza su consistencia, seda su piel color tostado que se perdía en una maraña de rulos negros por arriba y en dos ávalos pletóricos por debajo.

- Aunque me destroces, hazlo Pedro... hazlo ya mismo -gimió Gertrud.

Pedro la empujó con suavidad hasta el sillón donde había estado sentado antes Otto y le alzó las piernas sobre cada uno de los costados. Así, Gertrud quedó exponiendo con amplitud el puerto en el que iba de entrar esa nave de porte majestuoso que a pesar de estar al mando de un marinero mercante, semajaba un crucero de guerra con su cañón de proa listo para atacar.

Gertrud reclinó su cabeza, fascinada por esa aventura con un hombre como el que había soñado. Pedro volvió a besarla en los labios y enseguida en los duros pezones, mientras sus grandes manos amasaban con ternura los pechos, la cintura, las anchas caderas y ella, sostenida fuertemente en

los hombros de Pedro, comenzó a moverse invadida por una corriente voluptuosa y separó más las piernas. Quería sentir dentro de sí el empuje de esa cucaña cuyo diámetro no había podido abarcar con su mano. Pedro continuaba acariciando y enloqueciendo de lujuria a esa criatura virgen entregada a su voluntad; sus dedos jugaron con los muslos, rozaron la entrepierna y llegaron a la boca inferior, empapada de deseo. Al acercar hasta los labios mayores su tieso ariete, se lo envolvió una oleada de calor, y con una de sus manos lo frotó suavemente por la hendidura central a fin de mojar su extremo, tan hinchado ahora, que parecía querer estallar bajo la piel brillante.

Tales movimientos resultaron finalmente intolerables para ambos ya que las manos de Gertrud buscaron el trépano ardoroso para guiarlo hasta hambrienta boquita inferior casi al mismo tiempo que Pedro trataba de hacer lo mismo.

El primer toque no dio resultado. Varias veces él intentó el abordaje pero era tanta la diferencia de tamaño que tanto ella como él pensaron que una boca tan pequeña no iba a poder tragar un bocado tan enorme, por más apetitoso que lo encontrara. Al cabo de otras tentativas, una parte mínima de la cabeza logró introducirse; Gertrud apretó sus brazos sobre la espalda de Pedro y cruzó sus piernas por detrás del cuerpo de éste, empujándolo más hacia sí misma.

Alentado por estas manifestaciones, Pedro aumentó la presión y su vara penetró un poco más

hasta la parte que va ensanchando la forma cónica. Gertrud reprimió su dolor; aunque ese monstruo marino la destrozara, no podía ni quería escapar de él y deseaba que continuara sus embestidas. Pedro inició un lento vaivén, tratando de ensanchar poco a poco la entrada; tanto él como ella se hallaban lubricados y eso favorecía el movimiento cuando Gertrud, ardiendo por ese contacto que la enloquecía, empujó la parte inferior de su cuerpo hacia adelante en el preciso momento en que Pedro hacía lo mismo con el suyo. Fue algo instantáneo: la cabezota colorada resbaló totalmente hasta su cuello y Gertrud ahogó el dolor mordiendo uno de los hombros de su amado torturador.

La introducción, el mordizco, sumado al jugueteo previo y a la singular belleza de esa criatura que le estaba ofreciendo fieramente sus encantos, provocaron en Pedro un éxtasis irreprimible. Por su vara penetró en Gertrud un chorro caliente; ella sintió en su entraña el choque exquisito de ese bálsamo y alcanzó al unísono su propia tregua.

Así se mantuvieron unos instantes, pero el grumete de Pedro, clavado aún de cabeza en la brecha lograda, comenzó a latir con fuerza como para indicar que estaba con vida, a pesar de la presión circular que la boquita de Gertrud ejercía sobre su grueso cuello. Pedro volvió a la actividad reclamada por su deseo y el de su compañera. Centímetro a centímetro, el vigoroso marinero fue abriéndose camino entre las piernas aún unidas, dilatando los repliegues, atascándose, retrocediendo para volver a avanzar, constituyendo todo eso un conjunto de difi -

cultades que aumentaban el placer mutuo a medida que los dos sentían que el contacto se hacía cada vez más total. Hasta que, por fin, el grueso y largo cabo de amarre ocupó completamente la delicada sentina de Gertrud, que lo retenía absorbiéndolo con furia.

- Me destroza... oh!... es tremendo... oh! Peter...- alcanzó a susurrar Gertrud, quien jamás había imaginado poder contener en su nido de amor algo que tuviera esas dimensiones.

No sólo lo había tragado en su totalidad, sino que en un incontenible vaivén, lo paladeaba enloquecida, en el límite casi de lo tolerable. Estaban, los dos, galopando sobre potros desbocados y muy pronto el deseo desbordó entre erupciones de goce y emancipaciones de un deleite como Gertrud nunca había soñado. El jardín de Gertrud quedó totalmente inundado y hasta le pareció sentir un gusto especial en la boca, como si todo su ser se hubiese inpregnado del líquido caliente que Pedro había derramado, generosamente, en lo más hondo de su caliz.

En ese momento, el señor Otto lanzó un gruñido Gertrud se estremeció, nerviosa, y Pedro -que había olvidado la presencia de aquel- retiró con mucho cuidado el sable de su tierna funda; algunos hilos de sangre, mezclados con esperma, corrieron por su fuste, bastante firme y vigoroso todavía. Gertrud alcanzó una toalla y le pidió que saliera cuanto antes, sin dejar de mirar y admirar ese aparato que había provocado deleitables estragos en su cuevita. Ya vestido, Pedro besó largamente a Gertrud y salió de la habitación. Ella después de haberse limpiado,

se recostó al lado del señor Otto, que en ese momento se despertaba sobresaltado.

- Ah!... estoy aquí... ¿Cómo te sientes, querida?-, preguntó.

Gertrud aún no se había respuesto del acto consumado poco antes con Pedro y no tuvo necesidad de fingir; se apretó el bajo vientre con las manos y dijo que sentía algunos dolores ahí dentro. El, vistiéndose, le dijo que ya se iba a acostumbrar, que estaba muy conforme con ella y muy contento de haber sido el primero en...

- Sí... creo que pronto se me pasará... pero usted es tan... como diría... tan apasionado, que... -díjole Gertrud con malicia.

- Ya te acostumbrarás a mí, no te preocupes-, contestó el señor Otto, halagado por las palabras de la muchacha. Sacó unos billetes y los dejó en la mesa de luz, bajo una carpetita, con mucha discreción.

Alguien golpeó en la puerta y Gertrud, poniéndose el deshabillé, abrió la habitación. Era la señora -Anette.

- ¡Ah! disculpe... creí que ya se había retirado -explicó dirigiéndose al caballero.

- Señora ésta es su casa... Ya iba a despedirme de la hermosa criatura que me presentó... Hemos pasado una noche maravillosa... - Gertrud bajó la

vista y sonrió dulcemente. -Por favor, ¿puede esperarme abajo? -preguntó Anette. El señor Otto se retiró y la señora inspeccionó a Gertrud.

- ¿Ajá? parece más fuerte de lo que yo pensaba-, aseguró, observando entre las piernas de Gertrud las marcas de un combate que la chica no había librado precisamente con quien la señora creía.

Gertrud no dijo una sola palabra, tal como había acordado con Pedro.

- Ahora debes descansar un par de días; todavía tienes sangre en los muslos-, señaló Anette. -Pero te felicito, he visto muy contento al señor que te presenté... Ah, guarda este dinero, es tuyo, por lo de hoy... Hasta mañana, querida, que descanses- finalizó la señora. dándole un beso en la frente a Gertrud. La muchacha juntó esos billetes con los que le había dejado el Sr. Otto y pensó que la señora Anette era muy generosa, no podía dejar de pensar en Pedro, su verdadero dueño, y por quién sentía el mayor agradecimiento que pudo haber experimentado, hasta entonces en su vida.

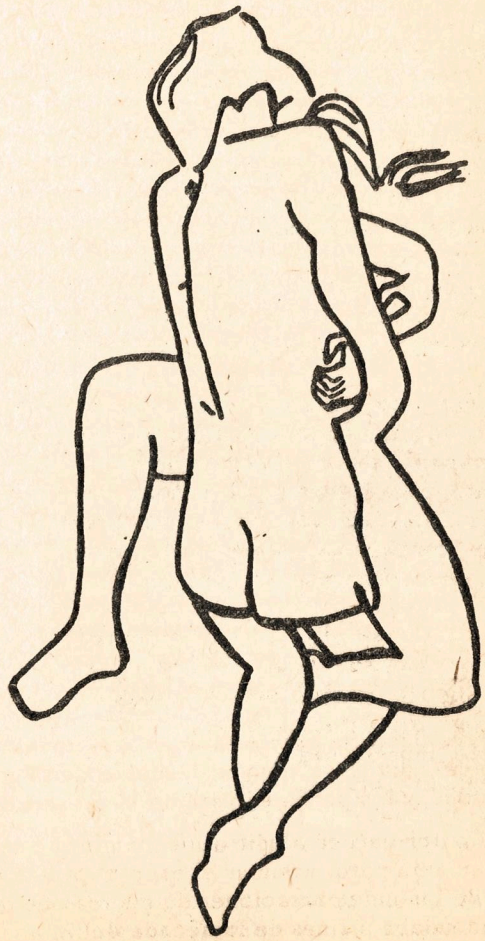
EL MAPAMUNDI

La vida continuaba en la alegre mansión "Spree", próspera, en medio de la inestabilidad económica del país. La señora Anette, cuya historia por demás interesante dejamos para otra ocasión (1), había salido capear la crisis al rodearse de una clientela constituida, en su gran mayoría, por funcionarios del Estado. Eso le otorgaba un doble seguro, y sus ganancias de los últimos años habrían dejado con la boca abierta a los financistas que trataban de sanear la desquiciada moneda nacional. (2).

Y así como la señora Anette aseguraba su porvenir, también las chicas que ella explotaba y amparaba, iban sumando en oro el fruto de sus ternuras. La Gran Hermandad del Besuqueo instalada en esa casa de la calle Ramler, no tenía rivales en Berlín. En ella las mejores, las más expertas y hermosas de todas cuantas mujeres jóvenes se dedicaban al oficio del amor, atraían con sus más desenfrenadas virtudes a una cofradía discreta, adinerada y deseosa de practicar todas las variantes del inmemorial juego de los deseos prohibidos y las tentaciones excéntricas.

(1) Dicha historia está relatada en la novela "La Cortesana de Hamburgo", cuyos derechos de publicación han sido adquiridos por la editora de la presente obra.

(2) El autor parece aludir a los planes que se ensayaron en alemania para atenuar el efecto producido por el pago de las indemnizaciones de guerra que dicho país aún adeudaba a fines de la década del 20.



Un par de meses después de su iniciación con Pedro, la turbulenta pelirroja Gertrud se había hecho suficientemente conocida y buscada por los Caballeros de la Cama Redonda. Esos dos meses fueron un curso intensivo de prácticas eróticas para Gertrud: conoció las diferentes reacciones de los hombres; vio cómo algunos tímidos en el salón se convertían en fieras dentro del dormitorio y otros, campeones contadores de hazañas amorosas, se desinflaban tristemente sobre el lecho. Su gran sabiduría fue aprovechar las lecciones de la señora Anette, los consejos de sus compañeras y los impulsos de su intuición para dejar siempre satisfecho a sus ya muchos adoradores.

Por eso, cuando Jörg M., representante del distrito militar de Sttein, llegado a la manción "Spree" en compañía de un superior berlinés, preguntó directamente por Gertrud, la señora Anette comprendió que la fama de esa chica era grande y que había tenido muchísima suerte al encontrarla, aquella tarde, en la Markgrafnen Strasse.

Jörg trendría unos cuarenta y cinco años. Mientras tomaba unas copas en el hall de planta baja con la señora Anette, algunas de las chicas y otros asistentes, contó anécdotas de la guerra y gustó mucho una en que relataba la historia de un soldado que decía que en esa época de paz su esposa era su mano derecha y que en las trincheras su mano derecha era su mujer.

Finalmente, el oficial se acercó a Gertrud y, con elegancia, le ofreció el brazo. Subieron por la escalera lenta y ceremoniosamente, como si se

dirigieran a un altar, mientras dejaban un reguero de aplausos y de risas. Llegaron al dormitorio y Jörg lo encontró especial, sobre todo por ese espejo bien colocado. -Me gusta verme junto a una mujer desnuda; eso aumenta mi potencial bélico-, agregó sonriendo, Gertrud, que literalmente ya se había pegado al heroico veterano de guerra, notó que si bien Jörg no era artillero de muy largo alcance podía muy bien desmantelar con su mortero la fortaleza mejor defendida.

El se desvistió rápidamente, pero hizo muy prolongada la etapa previa; era un sibarita del sexo. Conocía todos los secretos del arte amatorio y se regodeaba ahora, acostado sobre Gertrud, mordiéndole el lóbulo de las orejas, amasando lentamente los senos, frotando una de sus rodillas en los labios congestionados y húmedos de la boca sexual de Gertrud. Todo ello estaba dirigido a despertar el deseo de su compañera y como la temperamental pelirroja no era de las que se quedaban quietas en la laxitud de la lujuria, ambos gozaron mucho prodigándose caricias. Gertrud lo besó en la boca, buscole la lengua para morderla y batirla con la suya, aferró con pasión el arma de su artillero, recorriéndola de arriba hacia abajo con voluptuosa lentitud, cubriendo y descubriendo el extremo hinchado y pletórico cuyo color carmín oscuro contrastaba con el pálido mate del dorso surcado de venas en relieve.

Jörg la tomó por la cintura y luego deslizó sus manos hasta las nalgas, abriéndolas, separándolas como quien quisiera partir en dos una fruta. Enseguida

se entretuvo en el vestíbulo de la entrada posterior, por donde nadie, según Gertrud, había intentado pasar todavía; si acaso alguno que otro llamado a esa puerta, pero sólo por error, buscando la habilitada. Esos toqueteos ocasionales en su ojalito trasero, habían despertado la curiosidad de Gertrud; más de una vez sintió en ese lugar un cosquilleo que parecía reclamarle lo que su otra boca, tan cercana, incurriendo en el pecado de la gula, quería solamente para sí.

Jörg puso a Gertrud boca abajo y con las dos manos continuó acariciando los cachetes redondos mientras con su lengua lamía como un néctar el tierno anillito adornado de estrías que convergían hacia el centro. Gertrud lanzó una risita cómplice y agitó sus caderas, le gustaban mucho esas delicadezas de Jörg. Este se arrodilló dejando el cuerpo de la muchacha entre sus piernas; apoyó su atributo a los largo de la brecha de unión de los cachetes y realizó allí algunos movimientos de vaivén. Todo era superficial todavía pero ese contacto los transportaba rápidamente al delirio.

Gertrud irguió sus nalgas todo lo que pudo para ofrecer mejor blanco al cálido artillero, pero ésto modificó su estrategia. -Todavía no, chiquita... -dijo Jörg, pidiéndole que se colocase de otra manera. El se acostó a través, con los pies aproyados en el suelo, de frente al espejo y situó a Gertrud sobre sus piernas, oblicuamente y con la espalda hacia arriba, pues quería verla reflejada en esa postura que favorecía la exposición de sus nalgas, redondas y lisas. Aunque algo incómoda, Gertrud estaba encantada con la novedad; la parte superior de su cuerpo descansaba en la cama, junto al torso de Jörg que se mantenía erguido apoyándose en unas almohadas. De esa manera, él podía contemplar perfectamente sobre su entrepierna los cachetes de Gertrud, entre los cuales sobresalía el gorro colorado de su arma hasta rozar la boquita que había estado antes besando y acariciando con su lengua.

El mortero comenzó a resbalar entre los labios carnosos y mojados de Gertrud, provocándoles sensaciones maravillosas y toda la escena, reflejada en el espejo, parecíale a Jörg casi tan bella como una catedral gótica. Gertrud se agitaba como una culebra, aferraba las sábanas, gemía de placer. Y cuando Jörg agregó a todo lo descrito la introducción de su dedo índice, previamente mojado con abundante saliva, en el estrecho conducto posterior, Gertrud pareció quejarse.

-Oh!... no..., eres un diablo... no..., -pero como ella no apretó las nalgas y, por el contrario, comenzó a moverlas sin soltar la presa inferior ni zafarse del pequeño arpón, Jörg comprendió que ese no quería decir sí. Entonces hundió un poco más su dedo y con la otra mano acarició la espalda de Gertrud; después se inclinó y besándola en las nalgas, le dijo -Vení, chiquita, vamos a cambiar de posición-, sacudió un poco las piernas en el aire y con la ayuda de su oficial quedó tendida, siempre boca abajo, pero ahora a lo largo de la cama.

El tomó entonces las almohadas y las puso por debajo del vientre de su compañera, quien casi

de rodillas, con las piernas algo separadas, los senos aplastados contra el lecho, y apoyando su cabeza sobre los brazos.

-Me arde un poco ahí atrás, querido... -le dijo suavemente. Jörg, que ya blandía su batería principal para encajarla en su sitio predilecto, saltó hacia donde había dejado la ropa y extrajo de un bolsillo un pequeño pote, chato y circular. Gertrud lo espió sin moverse de su posición. Así la había puesto él y así debía quedarse. ¿Era su oficio no? Y con un tipo como ese oficial, no caben reparos ni chistes como los que se había atrevido a hacerle al señor Otto, hacía de eso ¿cuánto tiempo ya?... Le parecía un siglo, no porque se sintiera desanimada ni a disgusto en la mansión "Spree"; al contrario, pero todo lo vivido en apenas un par de meses parecíale una suma de cosas lejanas. Mientras estos pensamientos ocupaban fugazmente su cabeza, Jörg ya se había ubicado otra vez detrás suyo. Desde ahí, él empezó a aplicarle un urgüento en su diminuto redondel y luego embadurnó su tronco dejando toda su superficie brillante y lustrosa. Se secó las manos con una toalla y rodeó con sus brazos ese trasero glorioso y palpitante. Tras acariciar voluptuosamente las nalgas desde la cintura hasta los muslos, tomó con una mano su compañera de aventuras. Lo fue aproximando; apoyó el extremo enrojecido en el punto deseado y comprobó que podía resbalar hacia adentro a pesar de las diferencias de diámetro entre el minúsculo ojal del envase y el grueso visitante.

Jörg insertó la punta y lo dejó así, como un puente muscular entre los dos cuerpos, mientras

se inclinaba para rodear con ambas manos la estrecha cintura de Gertrud. Miró hacia el espejo y le dijo a Gertrud que hiciera lo mismo. Ella vio de qué manera se hallaba unida a su diestro embadurnador y entonces sintió deseos de estrechar la unión. Con un movimiento de caderas hizo que el cilindro carnoso se introdujera hasta un poco más de su hinchado y sensible extremo. Jörg comenzó entonces a moverse, gozando con la gradual penetración de su verga entre las nalgas de Gertrud. A esta altura, la chica imaginaba -y con razón- que su breve canal estaría enormemente ensanchado para poder permitir el paso de esa gruesa columna y hasta se sorprendía de no experimentar molestia o dolor. Antes bien, le resultaba sumamente agradable sentirse poseída de tal manera y con tanta habilidad. (Evidentemente, Jörg era un especialista en combates de esa naturaleza).

Poco a poco, con deliberada lentitud, pues por momentos Jörg lo hacía retroceder un centímetro para avanzar dos el cálido y terso aparato quedó totalmente introducido en el hueco cuya estrecha boquita circular formaba ahora un apretado anillo de color sonrosado casi sobre la raíz misma del instrumento que se había tragado. Esa presión aumentaba el calibre de esa arma que había obtenido sus grandes triunfos atacando, como ahora, por retaguardia, colmada ya plenamente el conducto donde se lo emplazara y Gertrud se sentía aterrada y deleitada por sensaciones inéditas. Ella estaba como embriagada por un licor prohibido e iresistible.

Jörg, en el límite de su calma, comenzó a

mover su ariete hacia adentro y hacia fuera; al principio lo hacía salir casi todo, es decir, hasta el reborde del cuello de su extremo, para hundirlo de inmediato, con fricción, pulgada a pulgada. Luego fue acelerando el movimiento y Gertrud lo acompañó con su propio ritmo, ayudando y posibilitando la introducción del instrumento hasta su empuñadura.

-No creí que... fuera así... querido... ah!... si... otra vez... oh... eres el primero...- balbuceo Gertrud, entrecerrando los ojos y retorciéndose casi convulsivamente.

Jörg que sostenía con fuerza la cintura de Gertrud, soltó la mano derecha y buscó de manera de colocarla por debajo de sus atributos sublevados, junto a las raíces ovaladas que golpeaban contra los labios inferiores de Gertrud. El recorrió con sus dedos esa otra línea de fuego y, mientras continuaba sus embestidas por la brecha lograda, se ingenió para acariciar, con el índice y el dedo medio, el botoncito erecto y húmedo insertado en el nacimiento de esa boca, e introducir el pulgar en el pasaje clásico, que le brindó una ardiente recepción.

Esos movimientos de Jörg en sus partes más sensibles, llevaron a Gertrud al paroxismo: decía palabras entrecortadas, palabras de ternura y de rabia, pedía más, negaba, exigía. Jörg percibía fácilmente en su pulgar insertado en la cavidad delantera, la presión que su desbocado animalito provocaba en su vaivén cada vez mas agitado y violento. Eso lo excitaba muchísimo. Los dos cuerpos formaban una especie de monstruo, una enorme araña entregada

a un extraño rito, hasta que el goce final llegó para ambos. Gertrud sollozó de placer y mordió una de sus manos al alcanzar un climax de inaguantable intensidad. El llegó al éxtasis despidiendo borbotones ardientes que hicieron retorcer de gusto a Gertrud, que se disolvió al mismo tiempo regando los dedos de Jörg con un tibio baño de consistencia almibarada.

Así gozaron, inmóviles, durante unos minutos. Ella sintió cómo se iba retirando de a poco la artillería de una zona que ocupara con tantos bríos y, al escapar del estrecho conducto, éste derramó por su boca un poco del abundante licor lechoso que lo inundaba. Jörg retiró las almohadas y se tendió junto a Gertrud, ambos se prodigaron caricias y basos de gratitud por el maravilloso momento vivido. Ella le pidió que volviera cuando antes a Berlín y que no dejara de visitarla. Ahora que había conocido a través de Jörg la manera de llevar a cabo una receta que sólo sabía de oídas no estaba dispuesta a privarse por mucho tiempo de festín tan refinado. Antes de irse, Jörg prometió a Gertrud que no desaprovecharía ocasión de volver a estar con ella.

-Hoy he recorrido el mappemonde (*) más hermoso que haya visto en mi vida... -dijo. Y los dos de despidieron riendo francamente.

(*) En francés en el original. Literalmente, mapamundi. Expresión popular con que se designan las nalgas en Francia.

EL BANQUETE

Aunque en más de una oportunidad, sus amigos habían propuesto y obtenido de Gertrud fantasía de una caricia oral, eso nunca había pasado de un juego más o menos fugaz, alguna vez un besito, otra un mordizco, quizá un roce con la lengua en el extremo de la pieza capital. Nada más. Nadie habíale pedido ni sabido enseñarle, todavía, la alta escuela de unión bucal, las sutilezas del verdadero culto fálico.

Uno de esos lunes en que la mansión "Spree" suspendía su actividad y la alegre compañía descansaba de sus tareas específicas, Gertrud recibió de Ruth una vieja edición, compuesta en caracteres góticos, del libro del amor hindú. Según se indicaba allí, la edición alemana del Kama Sutra había sido hecha sobre la traducción inglesa; pero esos detalles no le preocuparon mucho a Gertrud, menos interesada en los aspectos bibliográficos que en los ilustrativos capítulos que pudo leer, útiles para quien como ella iba en busca de la perfección en las artes del erotismo y en las posibilidades del placer.

En ese viejo libro, la ardiente pelirroja encontró valioso material para su doctorado; especialmente atendió y leyó con cuidado las páginas dedicadas a la práctica del encuentro oral, cuando la boca de la mujer es centro activo y principal de la unión. Gertrud vio que se trataba de un aspecto muy puntualizado del arte del amor; de sólo leerlo y descubrir las posibilidades del "auparishtaka", ella se sintió

excitada y halló gusto en imaginar cómo hacer realidad cada uno de los ocho movimientos progresivos conque los hindúes practicaban la operación. Quería encontrar, cuanto antes, el complemento adecuado para una sesión de esa naturaleza.

No fue tan rápido como deseaba. Antes de hallarlo, Gertrud debió atender a caballeros muy formales que entraban rápidamente, digamos en conversación, sin darle tiempo a exponer sus propias ideas.

la noche siguiente por ejemplo, la visitó un diputado muy fogoso y, evidentemente, bien equipado para frontar el debate más difícil. Cuando estuvieron desnudos y, Gertrud intentó comenzar la experiencia, él no le hizo caso. Ni siquiera quiso que se acostaran: la llevó hasta una de las paredes del dormitorio y, aunque tuvo que doblar las rodillas porque era bastante más alto que ellá, el legislador pronunció su discurso de pie con tal vehemencia y argumentos tan hábiles que Gertrud se convenció de la que iniciativa de su parlamentario era de los que merecen el más amplio apoyo.

Y, por si fuera necesario, el caballero insistió en sus razones por segunda vez sin abandonar ni un momento su banca. La demostración fue tan contundente que Gertrud quedó rendida y sin deseos de escuchar otra conferencia por esa noche.

A la siguiente, otra sorpresa. Apenas entró en su dormitorio, el señor Henry S., de la cancillería, la acarició casi con salvajismo. Ella estaba como

envuelta y presa entre los brazos de ese diplomático de rudas maneras que la besaba en el cuello y en los hombros, apretándole los senos y las caderas y las nalgas con desesperación. Parecía un demonio. Sin haberse quitado más que el saco, se pegó al cuerpo de Gertrud, que apenas podía respirar.

Por fin el señor Henry aflojó y se quedó rendido, extenuado, casi sin respiración. La muchacha le sonrió con cierta ironía y suspiró también, mirándolo con espíritu científico, como un especialista ante un caso raro. El le pidió entonces que llenara la bañera para pasar un rato juntos en el agua.

Se fue quitando despacio el resto de la ropa, mientras Gertrud cumplía los deseos del extraño embajador, cuyas credenciales de presentación no estaban muy claras todavía.

Cuando hubo cubierto con agua tibia algo más de la mitad de la bañera (y eso era todo un lujo por cierto), Gertrud fue en busca del señor Henry. Lo halló acostado, desnudo y muy tranquilo, quizá excesivamente. Hasta había perdido toda prestancia su instrumento plenipotenciado y Gertrud hizo con sus manos algunos intentos para revivirlo, pensando que tal vez podía iniciar con él eso del "aupiras... o cómo diablos se llamaba..." Pero él la detuvo - Ahora todo lo haremos en el agua-, le dijo.

Fue hasta el baño y se sumergió en la bañera indicándole a Gertrud que hiciera lo mismo, y que se sentara sobre sus piernas, dándole la espalda. Ahí ya no había posibilidad de hacer nada con la

boca -pensó la muchacha- por lo menos con nada que estuviera sumergido. Precisamente, la parte más apreciada de su raro diplomático estaba tan hundida como la flota de guerra alemana en 1919.

Sin embargo, Gertrud sintió que un submarino, o algo así, comenzaba a moverse bajo sus nalgas, como si tendiera a reflotarse, mientras las manos del señor Henry exploraban su bajo vientre. El estuvo largo rato acariándola entre los labios y en la tierna entrada predilecta, hasta que alcanzó otra vez la posesión de sus plenipotencias. Entonces levantó un poco a Gertrud y con su ayuda logró introducir el sumergible, suave y profundamente en el canal delantero, que lo recibió con succiones de bienvenida.

Se mantuvieron así hasta que el calor que ambos se proporcionaban en sus partes más sensibles merced a ese contacto tan estrecho y total, los incitó a moverse hacia arriba y abajo, cada vez con más fuerza.

El la tenía asida por los senos y Gertrud acentuaba la penetración tomándole las piernas por debajo de los muslos. La rigidez y descontrol de los movimientos convirtió la bañera en un minúsculo mar agitado por una tempestad; pero esa tormenta no era de las que se desean evitar; antes bien, se las provoca y estimula. Y cuando el señor Henry apretó más fuerte los pechos y la mordió en la nuca, Gertrud sintió que el submarino se agrandaba y endurecía aún más, dilatando placenteramente su cálido recinto, instantes después, un chorro caliente la bañó, con fuerza, por dentro. El diplomático fue langideciendo,

durmiéndose sin soltarla. Gertrud aguardó unos minutos porque también se había agitado en esa nueva mecánica de su oficio. Luego despertó suavemente al señor Henry y se bañaron juntos. Pero esa vez, se bañaron. De pie y bajo la ducha.

La noche siguiente, es decir, la del jueves, Gertrud concedió audiencia a un joven funcionario que concurría por primera vez a la mansión "Spree". Era secretario del ministro Stephan K., quien conocía a la pelirroja y se la había recomendado.

-Siempre lo pasé muy bien con esa chica- habíale dicho. -Con ella uno nunca sale defraudado. Es ideal para usted, Adolf.

Y sin más, el joven apuntó su cuidada barbita hacia la adolescente Gertrud, la célebre mascota y preferida criatura de la acogedora casa de la señora Anette. Al verlo, Gertrud se dijo: "He aquí a mi ídolo hindú...

Después de haber jugado un rato sobre la cama, en esos preliminares en que la pareja se busca y se desata como dos cachorros traviesos, Gertrud tomó la iniciativa. Se acomodó sobre Adolf y después de haberlo besado en el pecho y los hombros, comenzó a deslizarse lentamente hacia atrás; cuando sus manos quedaron a la altura de los muslos de su nuevo amigo, no tardó en pasarlas por el reservado trono donde se asienta el instrumento máximo del goce viril.

Al sentirse rozado, el "ánimo" del joven burócrata se levantó cumplidamente, y Gertrud comenzó a acariciarlo para consolidar su robustez. Lo oprimió y amasó tan hábilmente entre las palmas de sus manos, que el poseedor del instrumento se excitó en seguida, impulsándolo dos o tres veces hacia arriba, circunstancia en que quedó al descubierto el extremo cónico, sobre cuya tersa piel se deslizó la cubierta protectora.

La erección ya era total y Gertrud se colocó de manera que sus pechos cubrieron y encerraron el miembro como entre dos blandas, suaves y cálidas almohaditas. Adolf -priviligiado visitante que gozaba esa noche de los encantos y el oficio de Gertrud- extendió sus manos y manejó los pechos de la pelirroja para frotar entre ellos su atributo. Fue tal el goce que le proporcionaron esos movimientos que debió interrumpirlos para evitar una prematura definición. Estaba muy predispuesto y Gertrud, que se entregaba sin retaceos, despojándose de su condición profesional, también experimentó la intensidad del instante y su cuevita se mojó sin reservas.

Pero ahí estaba su ídolo, a un palmo de sus labios. Y la oportunidad de ofrecerle el altar de su boca para que consumara el supremo sacrificio, no iba a ser desaprovechado por ella.

Gertrud comenzó por tomarlo con una de sus manos y, oprimiéndolo por la mitad de su tronco, lo acercó lentamente hasta su rostro. Luego de apoyarlo en una mejilla, lo fue corriendo hacia la boca y, al llegar ahí, condujo el extremo a lo largo de la comisura de los labios. Sin separarlos, Gertrud

acarició con ellos el rojo capitel de esa columna, moviendo su cabeza hacia ambos lados y manteniendo el robusto pilar bien firme, con sus manos. Esa era la primera de las operaciones indicadas en el libro hindú del amor, que ella había aprendido de memoria, dispuesta y con muchas ganas de llevar al terreno de los hechos una técnica que se le había antojado realmente prometedora.

Tras haberlo rozado con su boca de tal manera, Gertrud tomó el miembro por arriba, de manera que el extremo quedaba encerrado entre sus dedos, dejando libre el torneado fuste desde el cuello hasta la raíz. Entonces comenzó a apretarlo por todos lados, no sólo con las labios, sino también, por momentos, con los dientes, pero con suavidad; primero de un lado, después del otro; moviendo su cabeza o cambiando la posición del objeto de su adoración, volcándolo hacia la derecha, hacia arriba o a la izquierda, como si fuera una palanca.

Al llevarlo hacia arriba y mantenerlo apretado contra el bajo vientre, Gertrud no pudo evitar el acercar sus labios a la base del instrumento y más abajo aún, hasta las pletóricas bolsitas que exhalaban un fuerte perfume animal, que la muchacha aspiró profundamente. Todas sus caricias recibían la respuesta de movimientos espasmódicos en Adolf, que sostenía la cabeza de Gertrud entre sus manos y le susurraba, de tanto en tanto, ardientes palabras, para que continuara, digamos, halagándolo.

Gertrud ya no podía ni quería interrumpir su nueva técnica pasional. Volvió a tomar el tieso

mango por su parte media, esta vez con las dos manos y comprimió su extremo con los labios contraídos. Cuando lo tuvo así, soltó las manos y sin desprenderlo de la boca, comenzó a mover su cabeza hacia uno y otro lado, como si estuviera zamarreándolo.

Lo retomó luego con la mano, aunque en esta instancia por la base, y lo introdujo un poco más en la boca, hasta la mitad de la capucha colorada; apretándola con los labios humedecidos, la hizo resbalar hacia afuera por la presión que ejercía sobre ella. Varias veces repitió este ejercicio, con lenta disposición, gozando y descubriendo que esa posesión por la boca podía gratificarla totalmente como mujer y dejar ampliamente satisfecho a su compañero.

Fascinada por tan hermoso y nuevo juguete, que latía como un corazón y se movía cual si tuviera vida propia, empezó a besarlo una y mil veces. Por instantes, le hablaba como se habla en el oído de un amante, y volvía a besarlo; en el extremo y todo a lo largo, haciendo actuar a su lengua por primera vez en esa representación que estaba llevando a cabo con la alta maestría de una cortesana oriental.

Sus besos producían cosquillas y Adolf se revolvía de gozo, en determinado momento, él no pudo más y gimió para que Gertrud se acostara a su lado y poder poseerla de una manera más habitual. No imaginaba que Gertrud era capaz de todo y ahora que tenía a su ídolo prisionero, no lo iba a soltar así nomás para que él se lo entregara por otra boca.

Advirtiendo que algo debía hacer para conformar al muchacho, se acomodó sobre él en sentido inverso, es decir, mostrándole las nalgas y exponiendo ante él la suma de sus bellezas más escondidas, el infernal y celestial paisaje de sus más íntimos encantos. De esa manera, ella podía seguir con el objeto principal de su deseo tan cerca de su boca como antes.

Volvió, pues, al ataque. Tomó el animalito con sus manos y comenzó a acariciarlo con la lengua por todas partes, deteniéndose especialmente en el hichado extremo y en los repliegues que formaba la piel contraída sobre el cuello.

En el calor de esa demostraciones, Adolf se sintió empujado a imitar la técnica de las caricias de Gertrud y así, poco a poco, acercó sus labios hasta las nalgas y luego, entre las piernas de la chica, besó la boca sonrosada, carnosa, tibia y mojada. Con ambas manos tomó a Gertrud por la cintura, manejándola a su gusto, mientras la muchacha, que se había aficionado a esos lengüeteos desde que la iniciara en ellos la señora Anette, encontraba un nuevo atractivo en las cosquillas que le producía la barbita de Adolf en sus accidentes anatómicos más sensibles y delicados.

Entrelazados en el doble placer que se proporcionaban y recibían al mismo tiempo, Adolf y Gertrud reflejaban en el espejo un friso viviente de las figuras que adornaban antiguos templos de la India, como los que aparecían en las ilustraciones del libro que ella había leído. Pero a ninguno de los dos se le

ocurría contemplarse. Ahora ella estaba en completa posesión de ese mango musculoso, firme, elástico y cálido y lo repasaba ávidamente con la lengua. Mientras lo pulía de esa manera, dándole una apariencia lustrosa, aspiraba el olor que se desprendía del conjunto total que tenía ante sí, cosa que aumentaba su excitación.

Y ya no aguantó más: agarró con fuerza el grueso y adorado tormento y presionándolo varias veces, lo fue introduciendo lentamente en su boca. Fue casi como si estuviera perdiendo una inédita virginidad ya que el tamaño del instrumento le obligaba a separar bastante los labios para recibirlo y sentir su ardiente extremo sobre la lengua. Creyó que no iba a poder abarcarlo, pero pronto lo acomodó sosteniéndolo firmemente con las manos.

En realidad, el miembro sólo había entrado hasta su cuello y como Gertrud aumentó su producción de saliva, logró hacerlo resbalar un poco más adentro. Al sentirlo así, batiendo en el interior de su boca, comenzó a mover suavemente su cabeza, en un vaivén hacia arriba y abajo, sin dejar escapar ese bocado, infinitamente más sabroso de lo que había imaginado. Alcanzó a morderlo un par de veces con delicadeza y el monstruito respondió con una embestida; es que Adolf, sin dejar de explorar con su lengua y se barba el territorio delicioso que le cediera Gertrud, experimentaba un placer tan intenso con la actividad de la muchacha, que por momentos no podía controlarse.

Ese impulso hizo que el miembro penetrara

un poco más en la boca de Gertrud, que ya lo paladeaba y succionaba con fuerza. Cada vez más... más... hasta que sintió que la cabeza carnosa chocaba contra su paladar. Totalmente lubricado con saliva y con su propia producción, el robusto aparato entraba y salía rítmicamente de la boca de Gertrud, maravillosamente atragantada con bocado tan sabroso y estupendo. Ora lo retenía, chupándolo; ora lo liberaba, sin dejarlo escapar del todo, para volver a succionarlo... Y así, entregados a ese rito oriental frenético y apabullante, ambos llegaron al instante donde todo se precipita. Gertrud, aferada a ese animalito voluptuoso que la enloquecía de gusto y placer, sintió su garganta bañada por borbotones calientes; se separó un poco para gustar, por primera vez, el licor fecundante, el elixir mágico de la Naturaleza. Lo sintió correr por su sangre, como un tónico vivificante y volvió a succionar al productor de esa jalea que la embriagaba, para exprimirlo totalmente, hasta la última gota. Mientras, en la barba de Adolfo quedaba el testimonio de los climax intensos que Gertrud había experimentado durante el más espléndido banquete que pudo habérsele brindado, hasta entonces (en una cama).

TODO ES POSIBLE

Dos meses después, la señora Anette anunciaba, durante un almuerzo, la gran noticia: Gertrud iba a hacer un viaje, un largo viaje, acompañando a un funcionario que pensaba dedicarse a la actividad industrial. Ella estaba de acuerdo y, para despedir a la muchacha, organizaría una gran reunión, una fiesta completa, a la cual serían invitados los más divertidos y selectos entre todos los amigos que frecuentaban la mansión "Spree".

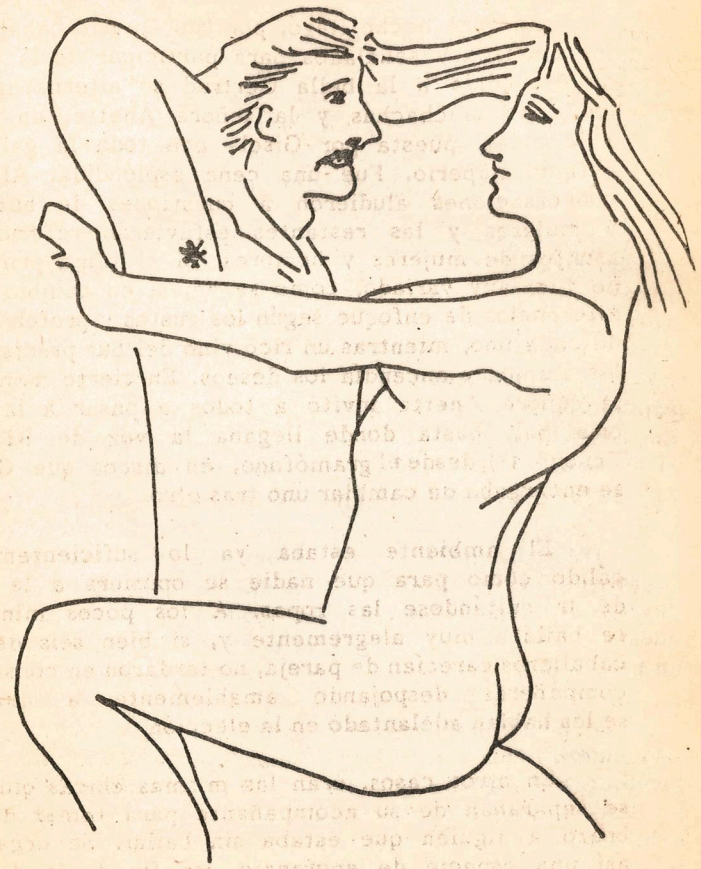
Desde eses mismo momento, la alegre capilla de la calle Ramler comenzó a vivir los preparativos del más celebre tedeum que pudo celebrarse por años, en toda la república. Gisela, la discreta y fiel mucama, se ocupó de proveer todo lo necesario en cuestiones de cocina y de bodegas. Las chicas, por su parte, debían avisar a sus mejores amigos y colaborar en algunos detalles de decoración de la casa. Anette, por supuesto, actuaba como cordinadora, indicando la mejor manera de realizar cada tarea, desde la disposición de los sillones a los modelos que debían usar esa noche las muchachas; desde la música que iban a escuchar a las esencias con que se iba a perfumar el altar mayor para el magno oficio. En resumen, el discreto hotel se convirtió durante unos días en una colmena en la cual todas las abejitas hicieron cuanto fue posible para que, llegado el momento, ninguno de los invitados salieran defraudado o sin gustar la picante miel de los recocijos mutuos y dulces placeres compartidos sin reserva alguna.

La gran noche llegó, por fin. Quince caballeros, los elegidos y señalados para participar de la fiesta de despedida a la bella Gertrud se alternaban con los ocho muchachas y la señora Anette, en torno a la mesa, puesta por Gisela con toda la gala del antiguo imperio. Fue una cena espléndida. Algunas conversaciones aludieron a cuestiones de hombres y mujeres y las restantes estuvieron referidas a asuntos de mujeres y hombres. Si el tema principal no fue muy variado, como se ve, sí en cambio tuvo diferencias de enfoque según los gustos y preferencias de cada uno, mientras un rico vino del Sur predisponía los ánimos y encendía los deseos. En cierto momento la señora Anette invitó a todos a pasar a la sala principal, hasta donde llegaba la voz de Richard Tauber (*), desde el gramófono, en discos que Gisela se encargaba de cambiar uno tras otro.

El ambiente estaba ya lo suficientemente cálido como para que nadie se opusiera a la idea de ir quitándose las ropas. A los pocos minutos, se bailaba muy alegremente y, si bien seis de los caballeros carecían de pareja, no tardaron en conseguir compañeras despojando amablemente a quienes se les habían adelantado en la elección.

En otros casos, eran las mismas chicas quienes se separaban de su acompañante para tomar de un brazo a alguien que estaba sin bailar. Se organizó así una especie de engranaje, sin fin de la danza,

(*) Célebre cantante popular de la época (N. del T.)



en la que todos iban conquistando ventajas y aprestándose para la ronda final que se iba a librar allí y para intervenir en la cual la contraseña era: Todoesposible". Demás está decir que la palabra había sido acuñada por la señora Anette, quien tenía sobre los funcionarios que frecuentaban el hotel más ascendencia que el mismísimo Hindenburg.

Ya los varios sillones y divanes existentes en la amplia sala aparecían casi cubiertos con las ropas de que había ido despojándose la divertida cofradía. Las chicas tenían puesta la interior solamente y ellos la de la cintura para abajo. -¿Hasta cuándo, amigos, esa timidez?-, preguntó Anette, deshaciéndose rápidamente de sus últimas prendas para exhibir, en medio del salón, la belleza de sus formas que si no tenían la frescura de una muchacha, trascendían el atractivo de una fruta en sazón.

Tras un instante de asombro, varios de los presentes la levantaron en andas y exigieron: -A desvestirse! Todos desnuditos... Como la reina Anette, nuestra reina!... Y la pasearon por el salón, cual un trofeo palpitante y prometedor.

A partir de entonces, eso fue un aquelarre, con sacerdotisas y sátiros en lugar de brujas y calderos hirvientes. El grupo que sostenía a la señora Anette la dejó finalmente sobre un sofá y, al caer quedó exhibiendo los más escondidos resquicios de su anatomía. No tuvo tiempo de incorporarse: uno de sus captores ya la tenía sujeta por los brazos y otros dos por las piernas, separándoselas, mientras un

cuarto le acercaba un pomposo instrumento a la ardiente ranura que quedaba al descubierto. Gertrud corrió en su ayuda, perseguida por un fogoso funcionario, pero no pudo hacer otra cosa que colocarse de manera que Anette alcanzara en ese lugar que tanto le atraía y, para acallar las protestas de quien venía reclamándole sus favores, la dúctil pelirroja comenzó a acariarle con destreza el abultado instrumento con que la apuntaba.

Mientras tanto, Bette, de rodillas sobre una alfombra era poseída desde atrás al mismo tiempo que ofrecía sus maravillosos pechos, como un suave trono, el augusto miembro de otro atleta situado dejabo de ella. En distintos lugares, Giovanna, Elke, Marlene y Karin se hallaban en plena sesión demostrando a sus conquitadores todo lo hospitalarias y seductoras que eras sus tiernas hendiduras.

A Ruth la habían situado, frente a un gran espejo, por los dos flancos; en tanto un arriesgado caballero se solazaba introduciendo su arma principal por el angosto anillo situado entre las nalgas, otro había logrado albergar su bizarro distintivo viril por la entrada habitual, y entre ambos la mantenían de pie, sujeta por cuatro brazos y dos émbolos ardientes.

Por su parte, María de los Angeles sorbía con gusto una admirable verga, mientras el caballero número quince se complacía en pasarle la lengua entre los pliegues de su boca inferior, exactamente la misma operación que seguía realizando la señora

Anette en el delicioso nidito de Gertrud mientras era sometido por los cuatro amigos a los más variados y lascidos toqueteos y movimientos.

En verdad, todo el conjunto representaba algo así como la viva composición de todas las posibilidades eróticas. Los cuerpos se confundían en un cambiante paisaje de sensualismo, invertían posiciones, se penetraban. La escena variable y era un prodigio de cambios y distintas posiciones en un enredo de brazos, torsos y piernas. "Todoesposible", había sido la contraseña. Y así, con ese espíritu, cualquier variación, por más extravagante que pareciera, resultaba digna y seductora.

Fue transcurriendo la noche. Todas las chicas sabían, una por una, las dimensiones y vitalidad de los instrumentos allí enarbolados con derroche de habilidad y fuerza por "los muchachos del gobierno". Y ellos no habían dejado sin probar ninguna de las suaves aberturas por donde se llega a la cumbre de los éxtasis más apasionados. Algunos se rindieron por fin, extenuados, durmiéndose abrazados a sus compañeras en unos casos, solos en otros. Hasta que, próxima ya la mañana, quienes quedaban aún con reservas, decidieron realizar el último agasajo a Gertrud.

-Te haremos la gran despedida, la que tú mereces-, dijéronle, mientras un estremecimiento recorría a la pelirroja de arriba a abajo. "¿Qué querrán ahora...?" se preguntó: Los recorrió con la mirada: eran cinco soldados, cinco gladiadores, dotados de arrogan-

tes atributos, increíblemente intactos aún, después de haber liado durante horas con las más aguerridas leones de Berlín.

-Eso es... muy bien pensado -intervino sonriente la señora Anette - Vamos a demostrarle nuestro cariño entre todos. Observó a su alrededor. - Bueno... aunque no sean todos... dejemos que ellos sigan durmiendo. A ver, somos... cinco amigos y también cinco nosotras, contando a Gertrud... Pero ella será quien reciba nuestras mejores expresiones de suerte.

Anette indicó a uno de los caballeros que se acostara sobre uno de los divanes y luego siguío instruyendo sobre lo que debía hacer cada uno de ellos y de las chicas. Al terminar de exponer su plan de guerra, la posición de combate lograda era la siguiente:

Sobre el primer caballero se hallaba tendida de espaldas Gertrud, recibiendo el empuje de aquel por la breve abertura posterior que Jörg le había enseñado a gustar.

Encima de ella, otro de los notables trajinaba su prodigioso instrumento por el paso delantero, mientras Anette hurgaba con sus dedos en el botoncito situado entre los labios mayores de Gertrud.

Otras dos chicas se habían acomodado de tal manera que cada una de ellas mamaba con destreza los pletóricos senos de Gertrud, cuyas manos estaban ocupadas en presionar y ordenar al unísono al par

de caballeros situados de pie junto a esas dos chicas, a las que ellos excitaban introduciéndoles los dedos en cualquiera de los canales aptos para la delicia carnal. Por su parte, una de ellas acariciaba a la señora Anette en su brecha central y la otra pasaba suavemente una de sus manos por las aún pesadas borlas del caballero que tenía junto a sí.

El restante de los cinco gladiadores, situado detrás de la cabeza de Gertrud, al tiempo que le sostenía la cabeza volcada, le introducía su admirable atributo en esa boca maravillosa, cuyos labios carnosos parecían querer abarcarlo íntegramente y por momentos chocaban con la mano de la última chica, encargada de guiar el gran movimiento y de cuidar que no escapara del sitio elegido.

Era un cuadro digno de la más exigente galería del marqués de Sade. Nueve cuerpos trajinando sobre una muchacha llamada Gertrud; el espasmo de uno de ellos se trasmitía a la agudizada sensibilidad de los demás. Y así, entrelazados en la posición descripta, entre gemidos de placer, todos fueron envueltos por la cadencia alocada de ese vaivén que se impone como un torrente, furioso, arrollador, y llega al remanso del placer por el agotamiento de todos los sentidos.

Gertrud sentía como iba y venía por su anillito posterior el grueso instrumento que la perforaba dulcemente; se excitaba hasta el límite con los besos y mordizcos que las chicas le daban en los senos; agitaba sus brazos blandiendo los espléndidos ejemplares que llenaban sus manos; se retorcía de terrible

deleite con las caricias manuales de Anette en su erecto clitoris, y le parecían fabulosamente diabólicas las sensaciones proporcionadas por esos dos artefactos que colmaban, con sus sorprendentes dimensiones, el interior de su cuevita principal uno, y el recinto de su lengua el otro.

Era tan la tensión y la presión a que era sometida por ese cerco animal, del cual se elevaban expresiones de gozo supremo, que Gertrud creyó quemarse en una llamarada de lujuria como jamás pudo habérsele ocurrido encender. Imposibilitada de expresarse con la boca, sus ojos en blanco, o revoloteando hacia todos los lados, decían más que un gemido o una posible palabra. Y en las contorsiones ofídicas de su cuerpo todos pudieron advertir que la pelirroja, crucificada en el altar mayor del genio lascivo, había llegado al tope de su resistencia, al clímax total y definitivo. En aquel mismo instante salió a borbotones el licor de esos cinco gladiadores invencibles, y se disolvieron de gusto las cuatro satánicas cómplices de esa múltiple posesión. Fue algo hermoso y terrible.

Tres días después, aún bajo el influjo de esa noche inolvidable, Gertrud se embarcaba en Hamburgo rumbo al lejano Oriente. A su lado sonreía su flamante protector. La casa de la calle Ramler quedaba atrás.

SONETOS
LUJURIOSOS

QUE EL DIVINO PIETRO ARETINO HIZO
PARA INTERPRETAR LOS FAMOSISIMOS GRABADOS
DENOMINADOS LAS POSTURAS, QUE MARCO ANTONI
RAIMONDI GRABO COPIANDO LOS CELEBRES DIBUJO
DE JULIO ROMANO

SONETO I

-Amémonos sin tasa ni medida,
puesto que para amar hemos nacido;
adora mi gorrión cual yo tu nido,
pues sin ellos, ¿valdría algo la vida?

Y si aún después de ésta ya extinguida
fuese posible amar, mi bien querido,
a gritos pediría el bien perdido
para seguir gozando todavía.

Gocemos, pues, cual lo hizo regiamente
la primera pareja de mortales
aconsejados bien por la serpiente.

Que nos perdieron por amar, se dice;
blasfemias necias son losdichos tales;
que sólo quien no ama es infelice.

-Pues calla y ama tú también, ¡castigo!
Calla y méteme ya hasta los pendones,
jueces de amor y del amor testigo.

SONETO I

-Amémonos sin tasa ni medida,
puesto que para amar hemos nacido;
adora mi gorrión cual yo tu nido,
pues sin ellos, ¿valdría algo la vida?

Y si aún después de ésta ya extinguida
fuese posible amar, mi bien querido,
a gritos pediría el bien perdido
para seguir gozando todavía.

Gocemos, pues, cual lo hizo regiamente
la primera pareja de mortales
aconsejados bien por la serpiente.

Que nos perdieron por amar, se dice;
blasfemias necias son losdichos tales;
que sólo quien no ama es infelice.

-Pues calla y ama tú también, ¡castigo!
Calla y méteme ya hasta los pendones,
jueces de amor y del amor testigo.

SONETO II

-Méteme, rey, un dedo en el trasero;
cuélame ahora la pieza despacito;
húndela toda bien, que no me quito,
y gózame, puesto que goces quiero.

¡Ay, qué placer! Me matas y me muero;
si esto es pecar, ¡peque hasta el infinito!
¿Quieres meter tu gloria en mi culito
y en el chisme el dedillo traicionero?

-Bien está ahora ensartado el peregrino,
la próxima detrás irán los tiros,
si es que no me equivoco en el camino.

-¡Esto es vivir! Y no los insensatos
que lejos de la cama y de la mesa
pierden el tiempo como mentecatos.

¿Que gozar es morir? ¡Bah!, estupideces;
para vosotros la virtud, pazguatos;
por una vez amar... ¡morir cien veces!

SONETO II

-Méteme, rey, un dedo en el trasero;
cuélame ahora la pieza despacito;
húndela toda bien, que no me quito,
y gózame, puesto que goces quiero.

¡Ay, qué placer! Me matas y me muero;
si esto es pecar, ¡peque hasta el infinito!
¿Quieres meter tu gloria en mi culito
y en el chisme el dedillo traicionero?

-Bien está ahora ensartado el peregrino,
la próxima detrás irán los tiros,
si es que no me equivoco en el camino.

-¡Esto es vivir! Y no los insensatos
que lejos de la cama y de la mesa
pierden el tiempo como mentecatos.

¿Que gozar es morir? ¡Bah!, estupideces;
para vosotros la virtud, pazguatos;
por una vez amar... ¡morir cien veces!

SONETO III

-Déjame la acaricie... ¡Oh, qué tesoro!
¡Como sin esta joya serfeliz!
Cuando me llena soy... ¡emperatriz!
¡Verga divina es rica más que el oro!

Húndete en mí sin miedo, te lo imploro;
llégame de un envite a la matriz,
que no hay pieza que valga una lombriz
si en la ocasión observa ruín decoro.

-Libro abierto es tu boca, amada mía.
Négarle abuena almena buen envite
es negarle a un enfermo una sangría.

Culos cate quien tenga leve
falo;
más quien goce, cual yo, de un buen retoño,
busque siempre en las tajas su regalo.

-Dices verdad, que la ilusión del coño
son las piezas cual ésta que me llena
el conducto que va del pago al moño.

SONETO IV

-Levanta bien la pierna, vida mía;
quítame ya la mano de allí abajo,
y si quieres que te haga un buen trabajo
el traste has de mover, reina, a porfía.

Y si mi verga ves que desvaría
y se te va por el postrero abajo,
calma, que no tiene ojos de badajo;
calma y disculpa su trapacería.

-¡Por el cielo! Gran locura en mi fuera
soltar ahora este ariete, y no apuntarle
donde tenerle siempre bien quisiera.

Que de dejarte por detrás colarle
tan sólo tu persona gozaría,
y sin goce yo habría de aguantarle.

Cumple, pues, bien, o vete de mi lado.
-¿Irme sin ver y hacerte ver el cielo?
No haré, aunque pecador, tan gran pecado.

SONETO V

-Ahora que gusto tan solemne verga,
que apabulla el ribete de mi coño,
quisiera transformarme toda en coño
con tal que tú te quisiera todo verga.

Pues de ser toda coño y tú una verga,
hartarías de un golpe mi ser coño,
y al tiempo alcanzaríamos tú de un coño
cuanto goce alcanzar puede tu verga.

Más no pudiendo hacerme toda coño,
ni tú cambiarte enteramente en verga,
toma lo que te plazca de mi coño.

-Y tú, a tu vez, disfruta de mi verga,
puesta encima de mí, para que el coño
abras bien a placer sobre mi verga.

Y al abrirte en canal sobre mi verga,
trágame si es que puedes con tu coño,
y así toda él serás; yo, todo verga.

SONETO VI

-En tal postura estoy, señora amada,
que aunque la tienes dentro, ¡y bien
metida!,
están mis manos de tus pies, querida
y puedes ver mi culo regalada.

-Ciento que así me tiene enfadada
mal llenando al revés la raja herida,
que de vivos deseos consumida
quisiera verse a gusto fornicada.

Más no creas que así podrás gozarme.
O te vuelves y juntas pecho a pecho,
o habrás, si has de acabar, de maltratarme.

-¡No, por Dios! Antes bien tantas
caricias
te haré con verga, dedos, lengua y dientes
que has de nadar en mares de delicias.

En más, por bien saciarte en este instante,
cambiaría esta corta pieza mía
Por...
-Puesto a pedir, recuerda al elefante.

SONETO VII

-Dios por dónde quieres, dueño mío,
meterme este gorrión que arde en mi mano;
que no quisiera, si le empujo al ano,
desagradarte con mi desvarío.

-Muy al contrario, en tu cariño fío
y a tu capricho, con placer me allano;
dar por detrás es ejercicio sano,
y nada cual tu traste ansío.

Y puesto que das prueba de prudencia
queriendo colocarlo en tal estuche
usa de mi gorrión sin continencia.

Pero pronto, paloma, que esa calma
va acabar por hacerme, tan me sobas,
que por la punta se me salga el alma.

¿Lo ves? ¡Sigue! ¡Oh placer el de tu
mano!
¡Mano más suave que el más suave
chocho!
¡Más apretada que de un niño el ano!

SONETO VIII

-Bien sería tener pocos cojones,
que viniéndome ganas de tu culo
obrase con tan necio disimulo
que escuchase lamentos o razones.

¡Húndanse de mi alcurnia los blasones
si por el ciego no te atizo estopa!
¡Arza! Quítate allí toda esa ropa;
afuera la camisa y pantalones.

-Aquí me tienes, tómame y disfruta
como quieras, que todo te lo entrego,
Si tú eres buen cabrón, yo buena fruta.

Que por delante y por detrás me abrazo,
y lo que quiero es que me sacies pronto
y que pronto me saques de este paso.

Sobre que ya sería gran bobada
hacerlo como Adán, que yo en tu puesto,
ten por cierto que el culo te rajaba.

SONETO IX

-¡Esta si que es un arma de primera!
¡Cielos, qué verga! Déjame admirarla.
-Mejor es ver si puedes aguantarla
y encima a mí. Saberlo bien quisiera.

-¿Dudas puedas envainar tu delantera?
Viva ardo ya en deseos de albergarla.
-Cierro estoy (es tan chica) de aplastarla;
voy a abrirla en canal. -Linda quimera.

En la cama, en el suelo, donde quieras,
échate, pues, en mí sin miedo alguno,
que no a ti, a un gigante aguantaría.

Sienta yo en mis entrañas tu San Bruno
esa quitapesares y quimeras,
Esa pieza repleta de ambrosía.

-Pues abre bien los muslos, vida mía,
que otras va a haber tal vez mejor vestidas,
pero no, por mi fe, mejor cogidas.

SONETO X

-Zúmbala por detrás -Perdona, estrella mía,
pero el hacer tal cosa es gran pecado;
vicio tan sólo a gusto del prelado,
que halla placer impío en tal manía.

-¡Pero métela ya! -No por tal vía.
-¿Por qué no; maricuala? ¡Malmandado!
-Porque encuentro el parrús mejor bocado.
-¡Bah, hacer como Adán!... ¡Qué tontería!

-Pues bien, haz lo que quieras de mi anzuelo,
¿"Ad posteriorem" gustas? Pues andando;
Que sea tu consuelo mi consuelo.

-¡Despacio! ¡Aguarda! ¡Ay! ¡Me estás rajando!
Pero no importa, ¡empuja hasta la cepa!
¡No te corras aún, que estoy gozando!

-Tómala toda entera, bienamada;
ni un milímetro más creo te quepa...
-¡Un siglo me estaría así ensartada!

SONETO XI

-Separa bien los muslos, alma mía,
que quiero bien de cerca ver tu rosa.
¡Oh suavísimo vello!, ¡oh rica cosa!
¡Puerta de mi ilusión!, ¡miel!, ¡ambrosía!

Un capricho me llena de alegría;
voy a comerme fruta tan golosa;
me volveré y será treta graciosa,
pues a tu boca irá mi mercancía.

-¡Que me aplastas!¡Aguarda! ¡Ay de mi pecho!
¡Jamás tan cerca vi verga tan tiesa!
Mas juro que de dejarte satisfecho.

-¡Hola el cabrón! ¡Y miren la permuta:
El lame en el panal como en barbecho,
y ella cree que verga es una fruta.

-¿Vieja? ¿Quieres poner aquí tu morro?
-Hijo, no me pongáis los dientes largos,
que tan solo de veros ya me corro.

SONETO XII

-Siéntate sobre mí; tu espalda con mi pecho,
-¿Así?
Vuelta, mujer.
-Vaya capricho.
-Siéntate ahora como ya te he dicho.
-¿No estarías mejor ahí en el lecho?

-Métete bien la verga ahora en tu nicho,
y cabalga hasta verme satisfecho.
-No hará falta para ello mucho trecho
a juzgar por el fuego de tu bicho.

¡ah, gran tuno! ¿Quién te enseñó estas tretas?
Me tienes ensartada, cual gusano,
prendida por el santo y por las tetas.

-¡Calla y muévete bien! ¡Dios, qué delicia!
-¿Hace falta que toda me la metas?
Como en esta postura soy novicia...

Mal que buscas, ¡ladrón!, las ocasiones...
Pero me caeré cuando me venga...
-¿Tienes sino agarrarte a mis pistones?

SONETO XIII

-Dame tu lengua y apóyate en el muro;
junta los muslos y aprétalos sin duelo;
échate sobre el lecho o en el suelo;
pero más sobre aquél, que éste es muy duro.

-Mucho más lo es tu verga, que procuro
no me deshagas con su furia el velo
que forman los pelillos de mi cielo
a la entrada del templo siempre oscuro.

Aguarda un poco, ¡Cristo, qué barrena!
¡Que te equivocas de canal, bien mío!
¡Qué placer!... ¡Toda estoy de verga llena!

-Menéate, cordera, que me viene!
-¡Y tú también, que me entra el desvarío!
¡Aguarda un poco aún!¡Espera!¡Frena!

-¿Aguardar? ¡Si no puedo! ¡Si no... quiero!
-¡Yo también!¡Yo también! ¡Mi rey!¡Mi nene!
¡Muévete aún!... ¡Me matas!... ¡Ay... me muero!

SONETO XIV

-¿Y dices que me ponga?
- A Cuatro patas.
apoyada en las manos y rodillas.
-¿Así?
-¡Quieta!
-No puedo, ¡qué cosquillas!

-Pronto dirás: ¡Aprisa!¡Que me matas!
Que cojonuda estás, me maravillas.
Ahora separa un poco más las patas.
-¿Soy una mula acaso? Bien me tratas;
Pero ¿qué haces?¡No! ¡Quiá!¡Así no me pillas!

-No serás mula, pero yo si mulo.
¡Las ganas que tenía de cojerte
y atizarte a mi gusto por el culo!

-¡Ladrón!¡Me rajas! ¡Ay!
-¡Aguanta mecha!
-¡Ay, ay!¡Socorro!¡Auxilio, que me mata!
-Te juro has de quedar bien satisfecha!
-¡Muerta soy!
-Muerte dulce da el badajo.
-¡La vida se me va!¡mi alma se escapa!
-Por la boca será, pues abajo...

SONETO XV

-Mama el niño y el coño también mama,
y al tiempo que das teta tomas teta;
de este modo, y cuando de esta treta,
haces a un tiempo de árbol y de rama.

Jamás placer igual se gustó en cama.
Déjame que aún un poco te la meta.
Tú da y recibe, pero estate quieta,
que a tu puerta mi aldaba es la que llama.

-Grato es dar de mamar y estar mamando.
Jamás hallé disfrute más completo;
mejor que una abadesa estoy gozando.

¡Suavísimo licor que hasta la entraña
me llega sin que el niño se despierte!
Nunca creí tuvieses tanta maña.

-Tampoco yo me vi tan satistecho...
-Dame entonces más teta, dueño mío,
y que a los dos nos haga buen provecho.

SONETO XVI

-No llores, nene mío, ¡ea!, ¡ea!
Tú métemela toda sin cuidado;
dame también la lengua, bien amado,
y avívame el hormillo con tu teta.

-Puesto que así lo quieres, loca, sea,
anda, vuélvete bien del otro lado.
-Cuando me digas he de hacer de grado.
¡Pero duérmete, niño! ¡Ea!, ¡ea!

Mecer cantar, coger ¡qué maravilla!
Ve tres cosas a un tiempo que ejecuto,
cual si fuese la cosa más sencilla.

Esto es aprovechar las ocasiones:
una mano en mi pipa, el pie en la cuna,
la otra acariciando tus cojones.

¡Pero no te retires, que me viene!
-Es que te haré otra tripa de seguro.
-¡Aunque me hagas cuarenta... ¡Qué más tiene!